

EL MSI Y EL LUGAR DEL FASCISMO EN LA CULTURA POLÍTICA ITALIANA

The MSI and the role of fascism in Italian political culture

Ferran GALLEGO
Universidad Autónoma de Barcelona

Fecha de recepción: 17 de febrero; revisión: 17 de mayo; aceptación definitiva: 23 de octubre

RESUMEN: En este trabajo se analiza el papel del Movimiento Social Italiano en la política del país transalpino del siglo xx. La clave de su influencia estaría en las peculiaridades del régimen político surgido de las ruinas del fascismo. Con la proclamación de la República muchos fascistas se enrolaron en las filas de la Democracia Cristiana y otros partidos de la derecha, dejando al MSI como único heredero del fascismo. Eso no le impidió colaborar con la Democracia Cristiana a través de la estrategia del «inserimento». Cuando la Democracia Cristiana empezó su aproximación al Partido Socialista Italiano, el MSI se vio claramente excluido y situado en una posición relativamente marginal. Su resurgimiento estará relacionado con los cambios radicales ocurridos en la política italiana en las décadas de los sesenta y setenta que propiciaran la llegada al liderazgo de Giorgio Almirante en 1969. El MSI se presentará como un partido restaurador del orden y dispuesto a combatir por sí mismo la subversión. Durante los años 80 el MSI se moverá entre la estrategia del Partido-Protesta de Almirante y la idea de un partido de la sociedad civil defendido por Rauti. Al final, el MSI, tras el cambio de liderazgo de Almirante por Gianfranco Fini, inició un nuevo camino donde se afirmaba la lealtad a los valores del fascismo, corroborado por la crisis del comunismo. Su nuevo discurso propició el crecimiento del MSI en unas circunstancias en las que los partidos tradicionales y el sistema republicano italiano saltaban prácticamente por los aires. Nace el postfascismo de Alianza Nacional que se integrará en el movimiento Forza Italia de Silvio Berlusconi.

Palabras clave: extrema derecha italiana, fascismo, Giorgio Almirante, Alianza Nacional.

ABSTRACT: This paper analyzes the role of the Italian Social Movement in Italy (MSI) in the twentieth century. The key to understand its influence would lie in the peculiarities of the political regime emerged from the ruins of fascism. With the proclamation of the Republic many fascists enrolled in the ranks of the Christian Democrats and other parties of the right, leaving the MSI as sole heir of fascism. That did not stop working with the Christian Democrats through the strategy of «inserimento». When the Christian Democrats began their approach to the Italian Socialist Party, the MSI was clearly excluded and located in a relatively marginal position. Its later resurgence may be explained considering the radical changes in Italian politics in the sixties and seventies; circumstances which favoured the arrival of Giorgio Almirante as leader of MSI in 1969. In that period, the MSI presented itself as the political party of restored order and ready to fight subversion (communist) itself. During the 80s, the MSI moved between the 'Strategy-Party Protest' led by Admiral and the idea of a 'Civil Society Party' defended by Rauti. In the end, the MSI, after the change of leadership of Admiral by Gianfranco Fini, began a new path which stated loyalty to the values of fascism, strengthened by the crisis of communism. This MSI new discourse eased its growth in circumstances in which the traditional parties and the Italian republican system as a whole were practically about to collapse. Subsequently, the post-fascist Alianza Nacional emerged; a political formation which later on merged into Forza Italia, led by Silvio Berlusconi.

Keywords: italian extreme-right, fascism, Italian Social Movement, Giorgio Almirante, Alianza Nacional.

La trayectoria del Movimiento Social Italiano (MSI) es el factor más vistoso de la peculiaridad del sistema político establecido tras la caída de Mussolini, la guerra civil y el establecimiento de la Primera República. Ningún otro país europeo, ni siquiera los que han tenido prolongadas experiencias de un régimen fascista o próximo a sus postulados, ha dispuesto de lo que Piero Ignazi denominó «il polo escluso», en el primer trabajo académico de solvencia sobre el tema¹. El espacio ocupado por fuerzas políticas similares en Europa tuvo dos características que nunca correspondieron a la trayectoria italiana. En unos casos, la perpetua marginalidad, la irrelevancia política y la representación exclusiva de sectores incapaces de reiterar niveles apreciables del consenso social obtenido por la derecha radical o el fascismo en el periodo de entreguerras. En otros, el carácter espasmódico, circunstancial, de apariciones y posteriores extinciones de partidos que correspondían a unas condiciones coyunturales, de crisis institucional, respuesta a movilizaciones masivas de la extrema izquierda, así como protestas populistas contra la inmigración o la presión fiscal del Estado en momentos de dificultades

1. IGNAZI, P.: *Il polo escluso. Profilo storico del Movimento Sociale Italiano*. Bologna: Il Mulino, 1998 (2.ª, primera edición de 1989).

económicas para la clase media. Estos últimos movimientos, que fueron los que más alarma social y análisis políticos sugirieron, se expresaron en la irrupción de los movimientos de resistencia antifiscal de los partidos progresistas nórdicos o en la movilización que fue capaz de crear el Partido Nacionaldemocrático de Alemania (NPD) entre 1966 y 1969, cuando ingresó en todos los Parlamentos regionales menos el de Hamburgo y se quedó a 0,7 puntos de su entrada en el Reichstag. Tales fueron las experiencias previas a la expansión del nacionalpopulismo que habría de normalizar, a partir de mediados de los años ochenta, la presencia de organizaciones de extrema derecha en unas condiciones ambientales que suponían ya la quiebra del orden político creado en la segunda posguerra mundial, como fue el caso del Frente Nacional de Le Pen o el Partido Liberal austríaco de Haider, a los que pronto se sumaría una nueva extrema derecha nórdica, el empuje del nacionalismo ultra flamenco o la incorporación de los partidos nacionalistas de la Europa del Este.

En el caso de Italia, aquella marginalidad contrasta con la obtención del MSI de una fuerza electoral que se mueve en torno al millón y medio de votos en los años cincuenta y sesenta, en torno a los dos millones y medio en las siguientes dos décadas y rebasando los cinco millones cuando el viejo Movimiento Social está transformándose en Alianza Nacional (AN), en plena crisis de las instituciones republicanas, a mediados de los noventa. Aun cuando su influencia pueda haberse considerado desdeñable por los propios esfuerzos de legitimación del antifascismo democristiano —sin que tal apreciación coincida con el peso en el área de poder político central o local que realmente disfrutó y que explica su transformación exitosa en la crisis republicana de 1994—, su captación de un porcentaje de electores situado en torno al cinco o seis por ciento nacional situaba a los misinos por encima de la fuerza de partidos gubernamentales como el liberal, el republicano o el socialdemócrata. La marginación institucional, que estaba lejos de ser tan absoluta como lo deseaba hacer ver la propaganda de la Democracia Cristiana, no puede confundirse con una exclusión de la sociedad. Algo que en modo alguno implica infravalorar un aspecto esencial del MSI, aunque no sólo para considerarlo un elemento de su debilidad, sino de una especificidad que también le prestó réditos políticos, electorales e incluso culturales: mantener una identidad reivindicativa de la experiencia mussoliniana en un sistema que se había creado con una declaración solemne de antifascismo.

La insistencia en la «anomalía» de este o aquel factor de la política italiana ha sido una actitud frecuente: la anomalía de un sistema de partido hegemónico en torno al cual se tejen mayorías gubernamentales sobre la base de alianzas de partidos satelizados; la anomalía de la reducción de la oposición de izquierdas a la creciente influencia de un Partido Comunista singular, que favorece el bloqueo de la alternancia a lo largo de toda la Primera República; la anomalía de una ausencia de la derecha como opción explícita de masas, presentándose el partido hegemónico, precisamente para poder serlo, como una fuerza transversal; la anomalía de la permanencia del MSI para acabar, en los años noventa, con la anomalía de una crisis político-judicial que destruye la elite de gobierno del país y permite la irrupción de otra anomalía: el proyecto berlusconiano. Situaciones

de excepción a las que podrían añadirse la existencia de un potente movimiento monárquico en el sur del país que se mantendrá hasta la década de los sesenta, o la aparición pionera de un movimiento populista que ha acabado dando nombre a todo un género de representación política, l'Uomo Qualunque de Giannini². Cabe considerar si tales anomalías no son, más bien, las condiciones específicas del desarrollo político italiano, que podrían compararse con similares situaciones de peculiaridad en otras naciones del continente: sin ir más lejos, la existencia de un fenómeno tan particular como el gaullismo, que limitó considerablemente la definición de una derecha al margen del populismo y del antiliberalismo en Francia, los distintos bipartidismos alemán o británico, por no hablar del sistema político salido de la transición a la democracia en España y las dificultades para definir una derecha liberal en nuestro país. Factores, todos ellos, que condujeron a una profunda dificultad para que la derecha europea perfilara su proyecto en las condiciones sociales y políticas de fines del siglo XXI, cuando el modelo social de la posguerra había manifestado su crisis definitiva³.

Más que una anomalía, por tanto, cabe referirse a las peculiaridades de un sistema cuyo origen se encuentra en la experiencia del *ventennio*, la guerra civil y la construcción de una República sobre las ruinas del fascismo. A estas condiciones se debe la posición de la derecha italiana durante un largo periodo que se alargará hasta la crisis del régimen a mediados de los años noventa, lo cual implica también el territorio en el que se moverán los esfuerzos del MSI para adquirir una capacidad de influencia, de diálogo con otras fuerzas y de preservación de la propia identidad ideológica, que hicieron posible la perduración del movimiento durante los casi cincuenta años de existencia del sistema constituido tras la derrota del fascismo. Lo cual obliga a explicar tales condiciones ambientales referidas no sólo a la vigencia de un área de nostalgia, sino a su relación con los problemas de afirmación de un territorio conservador, cuya consolidación en una zona política de la derecha resultó problemática desde el mismo inicio del nuevo régimen. Del mismo modo, la tensión entre una identidad hostil a las instituciones y la cultura política salida de 1945, creadora de un fuerte sentimiento de pertenencia ideológica, había de conjugarse con la necesidad de capturar un espacio de la derecha más dura que, en unos primeros

2. A la anomalía de la ausencia de una derecha italiana explícita se ha referido CHIARINI, R.: *Destra italiana. Dall'Unità d'Italia a Alleanza Nazionale*. Venecia: Marsilio, 1995, pp. 57 y ss. Sobre la identificación de la Democracia Cristiana y la nación, FOLLI, M.: *La DC*. Bologna: Il Mulino, 2000. Acerca de un mismo punto de una valoración de Forza Italia como excentricidad, CANDIARD, A.: *L'anomalie Berlusconi*. París: Flammarion, 2003. La expansión del monarquismo puede seguirse en la biografía del principal de sus exponentes, Achille Lauro, personalidad dominante en la vida de Nápoles hasta los años setenta, ZULLINO, P.: *Il comandante. La vita inimitabile di Achille Lauro*. Milán: SugarCo, 1976, pp. 59 y ss. Sobre el qualunquismo, puede verse, además del libro clásico sobre el movimiento, SETTA, S.: *L'Uomo Qualunque, 1944/1948*. Roma-Bari: Laterza, 1975, especialmente capítulos II y III, la biografía de LOMARTINE, C. M.: *Ul Qualunquista. Guglielmo Giannini e l'antipolitica*. Milán: Mondadori, 2008, pp. 58-173.

3. GALLEGO, F.: «La derecha europea entre dos siglos. De la crisis de legitimidad al regreso de la política», *Historia y Política*, 18, julio-diciembre 2007, pp. 165-228.

tiempos, estaba lejos de limitarse a las opciones misinas, para poder plantear desde esa hegemonía un espacio condicionante de los gobiernos democristianos. Los conflictos que podía entrañar esa pugna frecuente entre identidad y política de alianzas no se reducía al MSI, pero alcanzaron en este movimiento un nivel más profundo, dado el carácter de una fuerza política cuya razón de ser entraba en contradicción con las condiciones genéticas del sistema. La comprensión de la extrema derecha italiana capitalizada por los misinos desde mediados de los años sesenta no puede hacerse con una referencia limitada a las tensiones internas del partido, aceptando las condiciones de una marginalidad política que se convierten en la posibilidad de un análisis reducido a la autarquía de su propia experiencia interna, de su percepción de una sociedad ajena y de su satisfecha supervivencia al otro lado de la cultura política y las instituciones de la república de 1946. La existencia del neofascismo y de la extrema derecha italiana en la posguerra tuvo un interés más que anecdótico en las relaciones entre los partidos democráticos, como habían de demostrarlo crisis tan importantes como la de 1960 —que condujo a la aceleración de la estrategia del centro-izquierda—, la movilización reivindicativa sindical y estudiantil y la resistencia conservadora de 1968-72 —que llevó a las cotas más altas de apoyo social y electoral a los misinos y a la apertura de los «años de plomo»— o de la crisis final de la República, que se produciría con un trasvase masivo de votantes a las listas del MSI en las elecciones municipales de 1993, algo que abriría el ingreso de su sucesora, Alianza Nacional, en la gran coalición berlusconiana.

La reflexión sobre el «polo excluido» es, por tanto, indispensable para poder comprender la evolución de Italia en la segunda mitad del siglo XX, del mismo modo que el desarrollo político del país es un marco inexcusable para comprender los debates internos de los misinos, que podrían aislarse de manera fácil y engañosa en un conflicto entre las tendencias de un grupo impermeable a las condiciones sociales en que se encontraba. Sin embargo, existe otro elemento de interés, que no será el que quedará expuesto de un modo más explícito, pero que recorre también este análisis. En condiciones muy distintas a las del período de entreguerras, la evolución de la extrema derecha italiana que se reclama heredera del fascismo ofrece una ventana más desde la que contemplar la experiencia mussoliniana. Sin la posibilidad de convertirse en un movimiento que aglutinara todo lo que llegó a sumar aquel régimen, la trayectoria del MSI, las expectativas de sus militantes, las maniobras estratégicas de su dirección, su visibilidad, alcance y límites de su condicionamiento, nos permiten considerar la manera en que aquel fascismo pudo perpetuarse en una época distinta, permitiendo que los valores que lo inspiraban pudieran expresarse en su diversidad interna, antisistémica y conservadora, social y anticomunista, populista y defensora de la clase media, antidemocrática y plebiscitaria, ostentando los elementos polifacéticos de su experiencia como régimen. Esta reflexión, realizada con la cautela precisa, nos ofrece estimulantes factores para interrogarnos sobre los procesos de des-fascistización y la extraordinaria variedad que han tenido en un largo proceso continental. Nos ofrece, atendiendo a los desplazamientos de representación e identificación política de amplios sectores sociales que apoyaron el fascismo, y

estudiando la preservación de un área de referencia que siguió reclamándose heredera de aquella experiencia, un observatorio para comprender, en los momentos de disolución, en qué consistió el proceso previo de integración que caracterizó el periodo de entreguerras.

1. LAS CONDICIONES DEL NACIMIENTO DEL NEOFASCISMO

Como ocurre con el conjunto de su trayectoria, la biografía del MSI sólo puede comprenderse en un marco de referencia fundamental, que se inicia con la transición del régimen fascista a una república abiertamente antifascista. En este proceso, el problema de la afirmación de un espacio de la derecha italiana es determinante, porque quienes reivindicaban el fascismo del régimen, incluso en su etapa de la República Social, no sólo se plantearán alcanzar visibilidad y posterior hegemonía en la construcción de un espacio político conservador. Contrariamente a lo que ha podido considerarse examinando sólo la actitud de algunos sectores radicales del neofascismo, sea en los principios de una lucha clandestina o en las fases de desarrollo de segmentos «alternativos», dentro o fuera del MSI, en las circunstancias especiales de la movilización sesentayochista, el Movimiento Social Italiano siempre fue la reproducción, a pequeña escala, de lo que había sido el *conjunto* de la experiencia mussoliniana. La defensa de una identidad del MSI vinculada a la experiencia del fascismo no implicaba la reducción del movimiento a la etapa de Saló, sino su caracterización como herederos de la entera parábola del régimen, incluyendo la fase previa a la captura del poder y la de su agonía en el régimen de los «repubblicchini». Resultaría incomprensible la trayectoria misma limitando la referencia del movimiento, por muy autárquica que ésta fuera, a la de su fase final, mitificada por presuntas posiciones antiburguesas y de regreso a los inicios revolucionarios de los «fasci di combattimento». Tales condiciones difícilmente habrían llevado a que, desde los mismos inicios de la nueva organización, se priorizaran la condición anticomunista del partido, la búsqueda de alianzas preferentes para consolidar un espacio de la derecha y la asignación al nuevo régimen de una dependencia de las fuerzas de la izquierda como principal factor de oposición a la república de 1946. Naturalmente, a ello se añadían los rasgos específicos de los que estaba dotado el MSI y que se reflejaron en su primer «Llamamiento a los italianos», publicado al fundarse el movimiento el 26 de diciembre de 1946. El documento invitaba a todos los italianos a sumarse a una tarea de reconstrucción y reconciliación nacional que superase el ambiente fratricida de la guerra civil y la derrota, destacando la necesidad de que tal reconstrucción se produjera con la participación de los trabajadores, con la mejora de sus condiciones sociales y con su «educación moral». Junto a este factor «laborista», los diez puntos de orientación programática insistían en la defensa de la integridad de la patria, la afirmación de las relaciones con la Iglesia católica asentada en 1929, el fin de la depuración y

las leyes de excepción y la creación de una sociedad caracterizada por la cooperación entre los factores del mundo económico⁴.

La creación del Movimiento Social superó las condiciones de una existencia limitada a algunos esfuerzos de lucha y reagrupamiento clandestinos, así como a la simple edición de algunos periódicos entre los que destacaban *Meridiano d'Italia*, en Milán, o *Rivolta ideale*, en Roma⁵. Durante el largo periodo comprendido entre la derrota definitiva del fascismo y la fundación del MSI, los esfuerzos fundamentales de los cuadros de Saló que se encontraban en libertad se dirigieron a conseguir la amnistía. Para ello, se produjo una negociación en diferentes direcciones, en un amplio abanico que iba desde los dirigentes democristianos hasta los del Partido Comunista. Cabe destacar también las presiones realizadas por la jerarquía eclesiástica, que no pueden considerarse sólo el resultado de una lucha por la reconciliación, sino de la posición tomada por el Vaticano para destacar el riesgo de un régimen condicionado por la influencia de la izquierda socialista y comunista⁶. La decisión de normalizar la situación de los fascistas a través de una amnistía —que fue redactada antes del referéndum institucional y las elecciones para la constituyente del 2 de junio de 1946, pero que no se publicó hasta el día 22 de aquel mes— se encontraba con el ambiente propicio de muy diversos intereses en confluencia. Los comunistas no habían abandonado dos factores esenciales en una estrategia mucho más conciliadora que la de socialistas o del Partido de Acción: la posibilidad de ganarse a sectores juveniles formados en los principios de «patriotismo social» que contenía especialmente el último fascismo, y la posibilidad de alentar el crecimiento de un sector derechista podía restar fuerzas a la hegemonía democristiana que podía entorsearse en el área del centro-derecha. Para los democristianos, se trataba de evitar algunos de los principales temas de reivindicación del poderoso movimiento encabezado por el comediógrafo Giannini, el Frente de *L'Uomo Qualunque*, uno de cuyos ejes de protesta se dirigía a la «dictadura» del Comité de Liberación Nacional entregado a las presiones de la izquierda⁷. Sin embargo, la cuestión fundamental se encontraba en la reagrupación de la derecha y, en realidad, en la definición de este espacio político tras una experiencia en la que el fascismo había capturado la representación política de este sector.

La crisis del fascismo en 1943, la derrota de Saló en 1945 y el proceso de desfascistización de la sociedad italiana habían diseñado un proceso complejo, de desigual carácter y virulencia territorial, que se había acompañado de una

4. *Il M.S.I. dalla fondazione al II Congresso Nazionale*. Edizioni del Servizio Esteri del M.S.I. (s. f.), pp. 5-7.

5. Acerca de las organizaciones clandestinas, la lucha armada y los primeros órganos de expresión neofascista, puede verse PARLATO, G.: *Fascismo senza Mussolini. Le origini del neofascismo in Italia, 1943-1948*. Bolonia: Il Mulino, 2006, esp. capítulos I-IV.

6. MURGLIA, P. G.: *Il vento del nord. Storia e cronaca del fascismo dopo la Resistenza, 1945-1950*. Milán: Kaos, 2004, pp. 139-140, se refiere a la visita del cardenal Ascalesi a los presos políticos fascistas, llevándoles la bendición del Papa y refiriéndose a las «nubes amenazadoras» que planean sobre el futuro del país.

7. SETTA, S.: *L'Uomo...*, *op. cit.*, pp. 3-51.

mayor o menor resistencia de elementos de adhesión a los valores que había representado el *ventennio*. La caducidad del régimen fascista no había implicado la desaparición de un consenso social de la clase media conservadora en torno a principios, modos de vida y localización de adversarios culturales y políticos que, a lo largo del régimen de Mussolini, habían sido compartidos por sectores mucho más amplios que aquellos que permanecieron leales al Duce tras los acontecimientos de julio de 1943. Sandro Setta se ha referido sagazmente a la evolución de una clientela moderada, que había visto fusionarse a antiguos liberales anticlericales y a antiguos católicos populistas en torno a un Estado del que se tomaban sus consignas más vinculadas con el horizonte social de la clase media. Estos sectores podían sentirse desplazados por la radicalización del régimen a partir de 1938 y, en especial, tras los desastres sufridos en la guerra, acompañados de una ideología que iba destacando elementos heroicos, futuristas, belicosos y de matices antiburgueses que contrariaban a quienes se sentían satisfechos con el nivel de consenso obtenido en torno a los valores de orden, familia, trabajo y propiedad, y en la capacidad de haber levantado un sentimiento de integración nacional y un proyecto político que podía enfrentarse al socialismo. A la radicalización del fascismo en guerra —y, en especial, en la derrota— había de seguir el distanciamiento de la clase media conservadora. Pero el fascismo realizado en su etapa más larga de conciliación con la Iglesia y de exaltación de los valores de la burguesía fue el que logró un apoyo de masas más consistente y, de hecho, no dejó de ser aquello en lo que el fascismo consistió como movimiento sintetizador de diversas corrientes en torno a la unidad política de la burguesía, rompiendo en un movimiento nacionalizador la vieja distinción entre liberales y católicos que la había dividido frente al pujante socialismo desde el mismo momento de la unidad de Italia y, en especial, en las inmediaciones de la Gran Guerra⁸.

La pérdida de legitimidad institucional e histórica de la derecha en el proceso de desfascistización condujo a las dificultades de recuperación de esta corriente política en todo el continente, donde los sectores recuperados se agruparon en partidos demócrata-cristianos e incluso llegaron a proponer, desde estas organizaciones, la constitución de Gobiernos de transición en los que la izquierda era hegemónica, como ocurrió en el caso de Francia. En Italia, sin embargo, fue donde más se destacó la voluntad democristiana de diferenciarse no sólo del fascismo, sino de tratar de evitar cualquier adjudicación de una posición de inclinaciones sustancialmente conservadoras a la DC durante los cincuenta años de su hegemonía. El problema se encontraba en el *décalage* de un periodo de transición en el que las opciones profundas de continuidad cultural no tenían una sistematización paralela en el orden institucional. Los dirigentes de la DC y, en especial, el núcleo agrupado en torno a De Gasperi, había de considerar las complicadas relaciones entre un equipo consciente de la necesidad de disponer de una política que abarcara actitudes de defensa de la clase media y de sectores de trabajadores

8. SETTA, S.: *La destra dell'Italia del dopoguerra*. Roma-Bari: Laterza, 1995, pp. 18-22.

urbanos y campesinos al mismo tiempo, con la voluntad de ser un partido-país⁹, y la realidad de un apoyo que se le proporcionaba mayoritariamente por su carácter de partido no solamente católico, sino intérprete de los valores de la clase media conservadora, aderezados con elementos de un reformismo social cauteloso y siempre diferenciado de acuerdos con la izquierda¹⁰. El «paso de página» no se realizó mediante la integración de la vieja clase dirigente del régimen de Mussolini, sino a través de una ruptura institucional que se acompañaba de un fuerte discurso antifascista y del rechazo a la colaboración con quienes siguieran teniendo una visión positiva del régimen caído, aun cuando se supiera perfectamente que las masas nacionalizadas por el fascismo debían ser integradas en un nuevo sistema de relaciones políticas. Algo que exigía distanciarse de la exhibición como partido de la derecha y, al mismo tiempo, aparecer como principal defensor de los valores de la clase media reforzados durante el *ventennio*, entre los que se encontraba el representar la función de valladar contra el avance de la izquierda socialista y comunista.

Este ambiente propició las falsas esperanzas del liberalismo que, bajo la dirección ideológica de Benedetto Croce, creyó posible restituir a esta corriente un papel central en la política italiana, situándolo como representante de una mayoría social alejada tanto de la influencia de la Iglesia como de la amenaza comunista¹¹. Las ilusiones liberales habrían de quedar desautorizadas muy pronto, al abrirse el ciclo electoral de 1946. Su resultado colocó inmediatamente a la dirección del partido —y al propio Croce— en una posición que privilegiaba el apoyo desde la derecha al partido hegemónico democristiano. Sin embargo, no llegó a perderse de vista la posibilidad de la gestación de un área que fuera reflejando la identificación de sectores que habían dado su apoyo a la DC y que, en cambio, compartían los valores propios de la derecha, en especial los que se referían a desterrar cualquier posibilidad de acuerdo político con el socialismo y, además, la necesidad de contar con la supervivencia de un área neofascista para constituir mayorías locales y presión parlamentaria sobre el partido mayoritario. Esta cuestión habría de observarse de un modo diáfano en el referéndum constitucional del 2 de junio. La decisión acerca de la forma de Estado fue presentada por la propaganda monárquica como una defensa del orden tradicional o una «república socialista». Los 10,7 millones de votos a favor de la monarquía —que, en el sur y en la zona insular representaron 2/3 de los votos, situación que se invertía en el centro-norte del país— no se tradujo mecánicamente en un apoyo a las formaciones que habían solicitado el apoyo a la institución, pero la

9. La expresión es de FOLLINI, M.: *La DC, op. cit.*, pp. 33 y ss.

10. ORFEI, R.: *L'occupazione del potere. I democristiani '45/75*. Milán: Longanesi, 1976, pp. 48-88; GALLI, G.: *Storia de la DC. 1943-1988: mezzo secolo di Democrazia cristiana*. Milán: Kaos, 2007, pp. 47-83.

11. SCOPPOLA, P.: *La repubblica dei partiti. Evoluzione e crisi di un sistema politico 1945-1996*. Bolonia: Il Muligno, 1997, p. 59. SETTA, S.: *Croce, il liberalismo e l'Italia postfascista*. Roma: Bonacci, 1979. Sobre la evolución del Partido Liberal en este momento, GIOVANNINI, A.: *Il Partito liberale italiano*. Milán: Nuova Accademia, 1958, pp. 99-107.

derecha liberal, monárquica y qualunquista creó un espacio electoral del 15% de sufragios. En las elecciones locales del otoño, la DC fue abandonada por buena parte de su electorado conservador, lo cual obligó —y permitió— a De Gasperi a orientarse hacia posiciones que desembocarían en la quiebra del Gobierno de unidad nacional creado tras la caída del fascismo y la expulsión de la izquierda en la primavera de 1947.

2. LA ESTRATEGIA DEL «INSERIMENTO». LA FALSA DUPLICIDAD DEL MSI (1950-1969)

La extinción del territorio cultural de la derecha italiana estaba lejos de producirse, aunque su representación política lo reflejara de forma oblicua. Éstas fueron las condiciones concretas en las que el MSI reivindicó una posición propia que, desde el comienzo, estuvo lejos de acentuar las posiciones radicales de Saló. Incluso aquellos dirigentes que habían seguido a Mussolini en su aventura republicana no se encontraban necesariamente en posiciones alejadas de la derecha y el MSI, lejos de representar a una facción del fascismo, como ya se ha indicado, tuvo su mayor capacidad de convocatoria en la medida en que fue capaz de articular la diversidad de aquella experiencia. Si la fuga de la base política del régimen mussoliniano hacia la DC o hacia otros partidos de la derecha, como los monárquicos o los liberales, nos señala la naturaleza plural del fascismo del *ventennio*, la actitud del MSI puede indicarnos también la manera en que tal diversidad llegaba a expresarse entre quienes mantenían una lealtad formal al régimen caído. El MSI no era el espacio de los intransigentes y, mucho menos, de los partidarios de la «izquierda fascista». Su identidad se basaba en un elemento ideológico, en la radicalización del sentido de pertenencia y en la fidelidad a una fase de la historia italiana cuyas realizaciones se consideraban frustradas, pero positivas. Los «esuli in patria»¹² defendían la reintegración a la historia nacional de quienes habían combatido por la nación en la experiencia concreta de Saló, precisamente cuando el fascismo era visto como una entrega de la soberanía a una potencia ocupante, la Alemania nazi. Defendían la dignidad de la trayectoria de quienes se consideraban, ante todo, no sólo patriotas, sino deseosos de restablecer el mérito del régimen fascista de haber producido el mayor movimiento de integración nacional que se había dado desde la unidad italiana. Y, naturalmente, aprovecharon la presunta orfandad de la derecha para fijar sus objetivos en una dualidad operativa: el sostenimiento de una comunidad definida por vínculos de nostalgia y la decisión de ponerla a disposición de un progresivo entendimiento entre todos aquellos sectores de la sociedad que, en su momento, el fascismo había sido capaz de adherir al régimen fascista¹³. La defensa acérrima de la identidad se

12. TARCHI, M.: *Esuli in patria. I fascisti nell'Italia repubblicana*. Parma: Guanda, 1995, pp. 37-45, defiende la existencia de dos «almas» en la que siempre prevalece la de carácter conservador.

13. «Il MSI era sempre stato il "partito dei reduci", che si accontentavano di inserirsi in un fortilizio e spiegare al vento la propria bandiera: appagati del fatto di esistere come potenziale ultima frontiera anticomunista, convinti di dover essere chiamati prima o poi a svolgere un ruolo cruciale come

basaba en las condiciones de su propio nacimiento y en una voluntad de existir que, en buena medida, podía presentarse como supervivencia. Ello podía proporcionarle las obvias debilidades de un partido testimonial: la subordinación de la política a la mera afirmación ideológica, la voluntad prioritaria de afirmar una presencia más que de comunicarse con la sociedad civil y abrir canales de integración en el movimiento, así como el reposo de la formación en vínculos de creencias más potentes que los referidos propiamente a un magma clientelar¹⁴. La legitimidad puramente nostálgica del MSI supone la supervivencia tan sólo. Pero se nutre de dos aspectos que habrán de dar un sentido más amplio a tal condición. En primer lugar, la actitud de una base militante que cambia por motivos generacionales; en segundo lugar, por las condiciones propicias de algunas experiencias del país: el «carisma de situación» al calor del cual se funda, habrá de dar expansión a su área de influencia y modificar su carácter en los acontecimientos de 1968-1976 —en los que la movilización de izquierdas será seguida por los gobiernos de solidaridad nacional que dan especial visibilidad al PCI— y los de la quiebra del régimen en 1992-1994, que exigirán dar una dimensión a la referencia fascista que tiende a su disolución¹⁵.

Entre las elecciones del 18 de abril de 1948 y el IV Congreso del partido, celebrado en Viareggio en 1954, esta inserción del MSI en el área de la derecha se planteó con claridad, presentándose al mismo tiempo como una cultura ajena al sistema que lo excluía desde la propia definición fundacional de la república, y como organización que proclamaba su deseo de servir, desde una posición que reforzaba su consistencia ideológica, a una estrategia de ampliación y de capacidad de condicionamiento del conjunto de la derecha. En las elecciones del 18 de abril, celebradas a la sombra de una asfixiante bipolarización entre la Democracia Cristiana y el Frente Democrático Popular, los electores de la derecha debilitaron a las formaciones estrictamente conservadoras para proporcionar a la DC una victoria plebiscitaria. Prácticamente uno de cada dos italianos que ejercieron su derecho al voto lo hicieron a favor del partido católico, a costa de la derrota de una izquierda recientemente debilitada por la importante escisión del Partido Socialista de los Trabajadores (PSLI)¹⁶ y de la exigua representación obtenida por liberales, qualunquistas y monárquicos¹⁷. El MSI consiguió, en su

forza di salute pubblica». TARCHI, M.: *Cinquant'anni di nostalgia. La destra italiana dopo il fascismo*. Milán: Rizzoli, 1995, p. 132.

14. TARCHI, M.: *Dal Msi ad An. Organizzazione e strategie*. Bologna: Il Mulino, pp. 25-32.

15. CHIARINI, R.: «L'integrazione passiva». En: CHIARINI, R. y MARAFFI, M.: *La destra allo specchio. La cultura politica di Alleanza nazionale*. Venecia: Marsilio, 2001, pp. 13-14.

16. Los motivos de la escisión pueden verse con claridad en el discurso del líder de la nueva formación, Giuseppe Saragat, en el XXIV congreso del Partido Socialista, el 13 de abril de 1946, aunque la escisión no se consumó hasta enero del año siguiente (SARAGAT, G.: *Quaranta anni di lotta per la democrazia*. Milán: Mursia, 1966, pp. 285-316). La declaración fundacional del PSLI puede verse en RIGHETTI, U.: *Contributo ad una storia della socialdemocrazia italiana*. Roma: Società Editrice Democratica, 1962, pp. 70-73.

17. Los liberales, en candidatura conjunta con el qualunquismo, obtuvieron el 3,8% de los votos (frente al 12% de 1946), mientras los monárquicos se estacaban en un idéntico 2,8% (COLARIZI, S.: *Storia dei partiti nell'Italia repubblicana*. Roma-Bari: Laterza, 1994, p. 121).

primera comparecencia en unas elecciones generales, confirmar el cierto éxito de las administrativas del año anterior, obteniendo un 2% de votos —más de medio millón— y seis diputados. La escisión socialista permitía a la DC apuntalar su hegemonía contando con un sector del electorado de izquierdas nada desdeñable, identificado con las posiciones más moderadas y anticomunistas de la socialdemocracia europea.

El MSI podía aparecer como una fuerza nacional que, desde el principio, se colocaba en un estado de disponibilidad para la articulación de una derecha dura, que podía negociar con los debilitados liberales, los agonizantes qualunquistas y los monárquicos la formación de un área de atracción indispensable para reconfigurar el régimen político. Todo ello se hacía desde la propuesta de un «Estado nacional del trabajo» que se fijó en su primer congreso, celebrado en Nápoles en el verano de aquel mismo año, mientras Augusto de Marsanich conseguía un triunfo sobre los sectores más radicales del partido, afirmando su famoso lema de «non rinnegare e non restaurare», que implicaba mantener la reivindicación de un pasado que debía revisar las condiciones de la posición del fascismo en la posguerra. Muy poco después, la secretaria nacional de Giorgio Almirante, acusada de haber limitado el MSI a ser un partido de Saló y de haber limitado su atracción sobre sectores moderados leales al *ventennio*, fue destituida por el Comité Central, que la ofreció a De Marsanich, un antiguo colaborador de *Critica fascista*, situado en el área «revisionista» de los seguidores de Bottai aunque dispuesto a defender la RSI en la crisis de 1943¹⁸. Como en el resto de las crisis que experimentaría el MSI, no se trataba más que de un enfrentamiento entre formas diversas de comprender la función del fascismo, sin que en ningún caso se considerara la posibilidad de extinguir esta referencia fundamental. Prueba de ello era que, en el II congreso celebrado en Roma en el verano de 1949, se había defendido la «defensa integral del patrimonio de trabajo y civilización realizado en Italia del periodo que va de 1914 a 1945», al tiempo que se aceptaban las presiones del grupo parlamentario para que el congreso no declarara una abierta oposición a la OTAN¹⁹.

El IV congreso celebrado en Viareggio dio paso a un liderazgo y una línea política más consolidada, que se basaba en una cierta experiencia de contraste entre los postulados fundacionales y la opinión pública, permitiendo que el partido pudiera adoptar una línea de oferta política a los italianos y a los partidos que aspiraban al condicionamiento por la derecha del partido católico, cuya posición de hegemonía parecía ya garantizada. No sólo por el resultado electoral, sino por el apoyo exclusivo del Vaticano a este partido, evitando cualquier policentrismo católico en el país, y por la potencia de organizaciones como Acción Católica, que llegó a los dos millones y medio de miembros en 1952²⁰. En la etapa más dura del centrismo democristiano, correspondiente a la primera

18. ALMIRANTE, G. y PALAMENGGI-CRISPI, F.: *Il movimento sociale italiano*. Verona: Nuova Accademia, 1958, pp. 48-49.

19. *Ibid.*, pp. 46-47.

20. GALLI, G.: *Storia...*, *op. cit.*, p. 131.

legislatura (1948-1953), la política regresiva de De Gasperi no había hecho confluir en la DC una mayoría de votos como la conseguida en el episodio plebiscitario del 18 de abril. Por el contrario, la debilidad manifiesta de la izquierda tras la derrota y la escisión socialdemócrata, acompañada del empeoramiento de las relaciones entre un PSI con voluntad de fijar su espacio autónomo y un PCI enfrentado a los riesgos del aislamiento y el paroxismo de la guerra fría²¹, permitió que se ensanchara la influencia política de los pequeños partidos minoritarios de la derecha. La opinión conservadora veía consolidada la hegemonía democristiana, pero deseaba advertir de su descontento ante algunas iniciativas reformistas como los intentos de modificación de la propiedad agraria en el sur, y el reforzamiento de la corriente vinculada al social-cristiano Dossetti. Además, la ley Scelba, dirigida a la prohibición del partido neofascista, podía amenazar al conjunto de un espacio que no se identificara plenamente con el régimen republicano y que deseaba la permanencia de los partidos «externos» a la Constitución. En las elecciones locales de 1950-1952, misinos y monárquicos obtuvieron excelentes resultados en el centro-sur del país, incluyendo capitales como Lecce, Benevento, Foggia, Salerno o Nápoles. En 1952, el Vaticano presionó duramente a la DC para que llegara a un acuerdo con los monárquicos y qualunquistas para las elecciones locales de Roma, lo que culminaría en una situación poco deseable para De Gasperi, al impedirle mantener una posición centrista de alianzas variables. La propuesta pasó a ser después la de la formación de una lista cívica encabezada por Sturzo, pero que suponía una aceptación democristiana del apoyo de la extrema derecha. La derrota de esta posición sólo pudo lograrse con la resistencia de los sectores más jóvenes de la DC —Rumor y Fanfani— y del propio Di Gasperi, así como por la negativa de los partidos laicos —en especial socialdemócratas y republicanos— a aceptarlo²². Este episodio da cuenta de los conflictos internos en la DC y de los problemas entre DC y la Iglesia que era capaz de plantear la existencia de un área poderosa de la extrema derecha²³. Y esta impresión de fuerza se hizo aún más patente en el resultado de las legislativas de 1953, cuando el MSI triplicó el número de votos obtenidos en 1948 —un 5,8%— mientras los monárquicos rozaban el 7%. Cuarenta diputados del Partido Nacional Monárquico (PNM) y veintinueve del MSI entraban en la Cámara, en unas condiciones de crecimiento imparable que parecían determinar las orientaciones del partido mayoritario. Ese mismo año, el voto de la extrema derecha forzaba la dimisión de De Gasperi. La decisión tuvo costos considerables, en especial por la salida de los seguidores del magnate napolitano Acchille Lauro del PNM, una división de la que el partido

21. DI MICHELE, A.: *Storia dell'Italia repubblicana (1948-2008)*. Milán: Garzanti, 2008, pp. 55-65; GUALTIERI, R.: «Il PCI, la DC e in «vincolo esterno». Una proposta di periodizzazione». En: GUALTIERI, R. (a cura di): *Il PCI nell'Italia repubblicana, 1943-1991*. Roma: Carocci, 2001, pp. 57-66; GINSBORG, P.: *A History of Contemporary Italy. Society and Politics 1943-1988*. Londres: Pinguin, 1990, pp. 121-209; LEPRE, A.: *Storia de la prima Repubblica*. Bologna: Il Mulino 1992, pp. 119-156.

22. RADI, L.: *La DC da De Gasperi a Fanfani*. Catanzaro: Rubbertino, 2005, pp. 79-90.

23. PARISELLA, A.: *Cattolici e Democrazia Cristiana nell'Italia repubblicana. Analisi di un consenso politico*. Roma: Gangemi, 2000, pp. 113-130. DE GASPERI, R. R.: *De Gasperi, ritratto di uno statista*. Milán: Mondadori, 2004, pp. 249-265.

no llegaría a recuperarse nunca. Implicó, además, la captura del poder en la DC por sectores próximos a una nueva generación liderada por Fanfani, dispuesta a romper cualquier veleidad de aproximaciones a la extrema derecha. Sin duda, también desconcertó a electores que creyeron innecesario el debilitamiento del partido católico por la intransigencia de quienes ya pedían el ingreso monárquico en el área de gobierno. Pero, sobre todo, dio muestras de una influencia parlamentaria que dejaba de ser testimonial, para ofrecer un espacio de mayoría alternativa, liderada por la DC y orientada hacia la derecha sin distinción de posiciones constitucionales. El 6% de votos obtenidos por los dos partidos laicos de centro-izquierda, los republicanos y los socialdemócratas, cifraba la superioridad del flanco conservador, que tan sólo podía corregirse con la apertura de la DC al Partido Socialista, lo que aún estaba muy lejos de ser operativo por la posición de los partidos implicados en esta estrategia.

La sustitución de De Marsanich por Arturo Michelini en el IV congreso afirmaba un sólido liderazgo que se prolongaría hasta la muerte del nuevo secretario general en junio de 1969. Implicaba la opción decidida por una estrategia de «inserimento» que se distanciaba de la creación de una fuerza alternativa hegemonizada por el MSI, para plantearse el apoyo parlamentario a la DC y la conversión del partido neofascista en una fuerza capaz de obligar a la mayoría católica a tomar decisiones que fueran redefiniendo la estructura institucional de republicana. Frente a esta posición se planteó la de quienes deseaban romper el equilibrio entre identidad y compromiso a favor de una afirmación de espacio propio, de alternativa al sistema, cuya función fuera recordar permanentemente a los italianos la posibilidad de optar por un territorio de valores firmemente asentados en la tradición del *ventennio*, lo que se presentaba con el horizonte de un Estado Nacional del Trabajo que llegara a provocar la rectificación del modelo parlamentario. El enfrentamiento fundamental se produjo en el V congreso, celebrado en Milán en noviembre de 1956, tras asistir a una reorganización del partido que limitaba la capacidad de maniobra de las secciones y dotaba al secretario nacional de poderes extraordinarios, y tras ver cómo tal centralización era utilizada para proporcionar apoyo a la DC en asuntos tan importantes como la elección de Gronchi como presidente de la República, o para firmar una alianza electoral con los monárquicos de Covelli, aprobada por el Comité Central tras el resultado desfavorable de las elecciones administrativas de Sicilia en 1955. El congreso asistió a las últimas resistencias abiertas de la izquierda, dirigida por Giorgio Almirante, quien reivindicó en el órgano del partido, *Il secolo d'Italia*, y en sus intervenciones en el congreso el especial anticomunismo misino, basado en los principios de la Carta de Verona y no en el encuentro permanente y exclusivo con la derecha económica y social²⁴. La escisión se evitó por la aceptación de numerosas enmiendas de los intransigentes, pero el grado de división interna pudo apreciarse en la elección del Comité Central, en el que los seguidores de Almirante se quedaron a siete votos de lograr la mayoría. No pudo impedirse

24. IGNAZI, P.: *Il polo...*, op. cit., pp. 85-87.

que una tendencia más radical, dirigida por Pino Rauti, saliera del partido para crear Ordine Nuovo, seguida pronto por cuadros de importancia como Ernesto Massi, que formó un efímero Partido Nacional del Trabajo²⁵, ni que los sectores disidentes de Almirante se negaran a entrar en la nueva dirección. El relato clásico de este enfrentamiento, reducido a una dinámica izquierda/derecha, puede corregirse por la actitud tomada posteriormente por el propio Almirante durante su secretaría nacional de 1969-1987, e incluso por la apreciación de los sectores en conflicto, que se aleja de valoraciones más tajantes²⁶.

La estrategia del «inserimento» llegó a alcanzar los umbrales de su victoria institucional en los años siguientes. A pesar de la importante pérdida de votos sufrida en las legislativas de 1958 —1.407.000 frente a 1.582.000 en 1953—, debida a la pérdida de apoyos radicales, el partido parecía avanzar en sus relaciones con la DC, hasta el punto de recibir los elogios del primer ministro Segni, elegido gracias a los votos de los diputados misinos, un hecho sin precedentes en la historia republicana. En 1960, la elección de Ferdinando Tambroni como primer ministro con el apoyo exclusivo de la DC y del MSI parecía abrir todas las expectativas de la formación de gobiernos basados, por lo menos, en la alianza permanente con la derecha liberal o monárquica, preservando la presencia de los neofascistas en un área gubernamental sin representación directa en el Ejecutivo. Sin embargo, esta posibilidad fue explotada por los sectores de la DC más decididos a impulsar la ampliación de la base gubernamental con la apertura a la izquierda socialista, algo que permitía el aislamiento del PCI, cubriendo las ya obvias deficiencias de un apoyo exclusivo en partidos tan débiles como el socialdemócrata o el republicano. En vísperas del VII congreso del MSI, a celebrarse en Génova, los misinos parecían obtener la recompensa por su tenaz equilibrio entre la representación de un área conflictiva con el sistema y su disposición a apoyar que la república reorientara su carácter y matizara sus bases ideológicas y sociales fundacionales. Sin embargo, su estrategia había de permitir, de un modo sólo aparentemente

25. Sobre la posición de Massi, véase la recopilación de sus escritos, *Nazione Sociale. Scritti politici 1948-1976*. Roma: ISC, 1990, pp. 399-427 para la crisis del MSI de 1956 y la formación del PNL. Sobre las posiciones intransigentes que habrán de converger en Ordine Nuovo, CHIARINI, R. y CORSINI, P.: *Da Salò a Piazza della Loggia*. Milán: Agnelli.

26. Así, el propio Almirante recordaba el congreso señalando, en un libro escrito muy poco después de los hechos, que la oposición fundamental se refería al carácter permanente y puramente electoral con los monárquicos, cuando debía aspirarse a una «grande destra» referida a un espacio social, definido por los principios socializantes y no corporativos de la Carta de Verona, mientras la posición de la derecha, en especial de su teórico Pino Romualdi se presentaba en forma de temor al aislamiento político y a la mera actitud testimonial (ALMIRANTE, G. y PALAMENGI-CRISPI, F.: *Il movimento sociale...*, *op. cit.*, pp. 71-75). Un dirigente próximo a Almirante tan destacado como Franco Servello señaló, muchos años después, que la posición de Almirante no se debía a un conflicto de fondo, sino a la voluntad de evitar un desajuste entre la cultura de la base militante y las posiciones pragmáticas de la dirección, cosa demostrada por la realización de la apertura a la derecha por parte del propio Almirante en los años setenta (SERVELLO, F.: *60 anni in fiamma*. Catanzaro: Rubbettino, 2006, p. 47). Es más que discutible, sin embargo, que la propuesta de la Destra Nazionale de Almirante pudiera equipararse a la estrategia de «inserimento» tal y como se desarrollaba por Micheli, como podrá observarse.

paradójico, que las cosas se orientaran en dirección opuesta²⁷. El congreso de Génova no pudo llegar a realizarse por la movilización de la izquierda, que consideraba intolerable la utilización de una ciudad que había sufrido con especial virulencia la represión de la República Social. Pero, como lo indicó Almirante en sus recuerdos²⁸, la actitud de los democristianos resultó decisiva, en especial de quienes habían de beneficiarse en la lucha interna del partido católico, es decir, la tendencia de Fanfani: el alcalde de Génova había sido elegido con los votos misinos no rechazados, el prefecto había autorizado el congreso y el Gobierno se sostenía con el apoyo del grupo parlamentario neofascista. Los documentos aprobados para el congreso recogían la reconciliación de los dos sectores enfrentados en 1956, habiéndose aceptado por los seguidores de Almirante las expectativas abiertas en relación con la DC. Aun cuando los liberales habían rechazado las propuestas de alianza permanente realizadas por Michelini en una «grande destra», las posibilidades de sortear este obstáculo para establecer una relación directa con el partido católico permitía restañar las heridas abiertas desde comienzos de la década²⁹. De este modo, la movilización, la crisis del gobierno Tambroni y la inmediata formación del gobierno Fanfani, apoyado por liberales, socialdemócratas, republicanos y la significativa abstención de los socialistas evitó la clarificación pública del acuerdo. El sentido último de la crisis podría verse muy pronto, cuando se iniciaron conversaciones entre la DC y el PSI para llegar a acuerdos de coalición en los gobiernos municipales, que se plasmaron, en enero de 1961, en Milán³⁰.

Las condiciones en que quedó el MSI no podían ser más que las del aislamiento, aunque la movilización de sus simpatizantes ante aquella prueba de rechazo institucional permitió que, en 1963, el partido neofascista alcanzara un récord en su militancia, que llegó a los 240.000 miembros, frente a los menos de 200.000 de 1960. Las secciones pasaron de 1.325 a 1.601³¹. Sin embargo, su capacidad de representar a sectores disponibles para una inclinación del gobierno a la derecha quedaron destruidas por la decisión democristiana de iniciar la experiencia del centro-izquierda, llamando al PSI a que fuera su aliado preferente a lo largo de toda la década. Tal estrategia empujó a los votantes a reforzar al Partido Liberal, que parecía en mejores condiciones para frenar la nueva orientación de la DC, y que en las legislativas de 1963 alcanzó sus mejores resultados desde 1946, con un 7% de apoyo electoral, con la ganancia de un millón de votos con respecto a 1958. La mejora de los resultados del MSI sólo se debía al desmoronamiento de los monárquicos que, reunificados en 1959, perdían 900.000 sufragios y descendían

27. El relato más convincente de este aprovechamiento de la amenaza involucionista para abrir paso al centro-izquierda lo proporciona BAGET BOZZO, G.: *Il partito cristiano e l'apertura a sinistra*. Florencia: Vallecchi, 1977. También, RADI, L.: *Tambroni, trenta'anni dopo. Il luglio 1960 e la nascita del centro-sinistra*. Bolonia: Il Mulino, 1990.

28. ALMIRANTE, G.: *Autobiografia di un «fulcatore»*. Milán: Borghese, pp. 183-185.

29. BALDONI, A.: *Storia della destra. Dal postfascismo al Popolo della Libertà*. Florencia: Vallecchi, 2009, pp. 81-83.

30. MAMMARELLA, G.: *L'Italia contemporanea, 1948-1998*. Bolonia: Il Mulino, 2000, pp. 269-272.

31. TARCHI, M.: *Dal Msi...*, op. cit., pp. 40 y 46.

al porcentaje de 1946 y 1948, que ni siquiera fueron a parar masivamente al partido neofascista. Éste sólo creció en 150.000 votos, lo que suponía un incremento del 0,3% con respecto a los resultados de 1958. Crecimiento de militancia, por tanto, que expresaba el aislamiento con mayor visibilidad, al ser contemporáneo a la pérdida de cualquier posibilidad de diálogo con fuerzas que, o bien habían elegido un camino definitivamente alejado del encuentro con los misinos o bien habían entrado en una fase de disolución. En la más difícil de las circunstancias, con la expansión de la economía, la entrada a raudales de la sociedad de consumo y el proceso de marginación de las decisiones políticas, el MSI había de sostenerse por la potencia de su identidad original, esperando que un cambio de circunstancias externas pudiera modificar aquellas condiciones. El sistema político italiano pasaba a definirse sobre la confirmación de los polos excluidos. El PCI perdía las posibilidades de mantener un acuerdo con los socialistas que ya había entrado en crisis tras los acontecimientos de 1956, y que parecía agravarse con el proyecto de reunificación de los seguidores de Nenni y de Saragat, que se produciría, aunque de forma efímera, en 1966³². Incluso para formaciones con una tradición anticomunista, como el minúsculo Partido Republicano, la crisis de 1956 suponía la restitución del clima de la guerra fría para recluir al comunismo en un espacio ajeno a cualquier proyecto de regeneración democrática³³. Para los socialdemócratas, la experiencia no hacía más que dar las razones de su escisión en 1947, y su crecimiento electoral en 1963 podía deberse al prestigio alcanzado por esta ratificación tardía³⁴. Las condiciones en el polo excluido misino eran más graves, al referirse a un partido que se definía por su oposición sistemática a las instituciones republicanas, sin estar en condiciones de considerarse el único valladar al avance de la izquierda, ya que la DC y todos sus aliados laicos habían mostrado, salvo en el caso de los liberales, su disposición a aislar a los comunistas mediante un pacto gubernamental asimétrico con el PSI³⁵. Un dato fundamental, que la extrema derecha habría de encajar en su conjunto en los países en que se había identificado con el catolicismo más integrista, fue el cambio operado con los pontificados de Juan XXIII y Pablo VI, que suponían la negativa de la jerarquía a identificar los valores defendidos por la Iglesia con los que podían encontrarse en el espacio de la derecha radical.

32. NENNI, P.: *Intervista sul socialismo italiano. A cura de Giuseppe Tamburrano*. Roma-Bari: Laterza, 1977, pp. 97-136; *id.*: *La battaglia socialista per la svolta a sinistra nella terza legislatura, 1958-1963*. Milán: Avanti!, 1963, pp. 117 y ss.; NENNI, P.: *Tempo di guerra fredda. Diari 1943-1956*. Milán: SugarCo, 1981, pp. 725-763; *id.*: *Il socialismo nella democrazia*. Florencia: Vallecchi, 1966, pp. 147-278; TAMBURRANO, G.: *Storia e cronaca del centro sinistra*. Milán: Feltrinelli, 1971, pp. 180 y ss. En lo que respecta a la posición del PCI, FLORES, M. y GALLERANO, N.: *Sul pci. Un'interpretazione storica*. Bolonia: Il Mulino, 1992, pp. 105-130; AGOSTI, A.: *Togliatti*. Turín: UTET, 2003, pp. 410-502.

33. LA MALFA, U.: *Il 1956. La crisi del comunismo e la via della democrazia*. Bolonia: Il Mulino, 1957, pp. 75-102; *id.*: *Ideologia e politica di una forza di sinistra*. Milán: Mondadori, 1968, pp. 87-124.

34. SARAGAT, G.: *Quaranta anni...*, *op. cit.*, pp. 533-563.

35. La posición de los liberales en MALAGODI, G.: *Scritti ideologici, politici, economici*. Roma: Marco, 1996, pp. 109-155.

Las condiciones del aislamiento sólo podían compensarse a través de una reafirmación de los propios orígenes, ya que, como señaló acertadamente Piero Ignazi, los factores de identidad neofascista eran los únicos en los que podía refugiarse la organización como un factor que homogenizara las posiciones cuyos conflictos se habían atenuado ante las expectativas abiertas desde mediados de la década de los cincuenta hasta la caída del gobierno Tambroni. Sin embargo, a la continuidad en un apoyo gratuito a la elección de Segni como presidente de la República en 1962, la dirección micheliniana sumó un esfuerzo de desfascistización que implicaba la renuncia a factores simbólicos que pudieran entorpecer el ingreso de los misinos en el sistema. En 1963, el VII congreso celebrado en Roma pudo ver la agresividad de las respuestas dadas por dirigentes como Romualdi a protestas más identitarias que izquierdistas, indicando que el dilema era la entrada en la lógica del régimen o el asalto armado, pero nunca la demagogia testimonial, a lo que Micheli sumó su defensa del «inserimento» como sustancia fundacional del MSI, que se limitaba a querer legitimar el *pasado* mussoliniano en una visión del ciclo histórico nacional, postura que implicaba la renuncia a una *actualización* política del fascismo. La política del «inserimento» perdía así su carácter de estrategia para convertirse en posición ideológica que llegaba a reinterpretar la función del fascismo en la experiencia italiana del siglo XX³⁶.

Si los seguidores de Almirante, agrupados en la tendencia «Rinnovamento», decidieron abandonar el VII congreso, su aceptación de una reconciliación dos años más tarde, en el de Pescara, sustituyó la crisis de una disidencia por el letargo de un callejón sin salida, en especial cuando los sectores disidentes se negaron a aceptar cualquier escenario de ruptura, a pesar de la existencia de zonas de conflicto que podían haber sido aprovechadas. Eran éstas las que correspondían, a mediados de los años sesenta, a diversos frentes de oposición al sistema parlamentario, que se situaban en posiciones extremadamente conservadoras, como las que podían simpatizar con una salida gaullista, creadora de una nueva república basada en un sistema plebiscitario, de reforzamiento del poder ejecutivo y reducción de la «república de los partidos». Las condiciones no eran, sin embargo, las que habían permitido que las críticas de De Gaulle al sistema de la IV República desde 1946-1947, cuando creó el *Rassemblement du Peuple Français*, pudieran canalizarse a través de un verdadero golpe de Estado salido de la crisis de Argelia. De hecho, ni siquiera la extrema derecha francesa había sabido aprovechar esa coyuntura³⁷. Las elaboraciones teóricas de grupos radicales, como Ordine Nuovo, y las relaciones con algunos sectores de las fuerzas armadas mostraban un camino de presión sobre definición del centro-izquierda como una propuesta política no coyuntural. Si los objetivos no podían ser los de una lenta ganancia de votos mendigando a la DC un giro a la derecha y una reapertura del diálogo preferente los sectores conservadores, podía pensarse en los inicios de una estrategia de la tensión que combinara las ofertas políticas del MSI con las

36. IGNAZI, P.: *Il polo...*, *op. cit.*, pp. 103-110.

37. GALLEGO, F.: *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*. Barcelona: Plaza y Janés, 2004, pp. 106-153.

muestras de descontento y de grupos de presión, incluyendo a sectores radicales del mundo católico, del empresariado preocupado por la política de nacionalizaciones solicitada por el PSI en el sector energético, e incluso de sectores del ejército que asumieran las formas más radicales del discurso antiliberal, tarea en la que los cuadros de Ordine Nuovo desarrollaron una importante labor de proselitismo³⁸. Los miembros de la corriente «Rinnovamento» prefirieron seguir dando la batalla dentro del partido, considerando imposible que el MSI llegara a perder la hegemonía en el territorio del neofascismo, o que las condiciones ambientales permitieran abrir los espacios de conflicto social y político. Por ello, tras la reconciliación del congreso de Pescara en 1965 y hasta la muerte de Michelini en 1969, el MSI experimentó un estancamiento que se expresó en el peor resultado electoral desde 1948, con un 4,5% de votos en las legislativas de 1968. En 1967, el partido llegaba al mínimo de su militancia, perdiendo 80.000 miembros desde su ápice de 1963. Las condiciones de un resurgimiento no procederían de ninguna evolución interna, sino del cambio radical de circunstancias que se produjeron en el país en el cruce de las décadas de los sesenta y los setenta.

3. EL MSI DE ALMIRANTE. ALTERNATIVA AL SISTEMA Y «DESTRA NAZIONALE» (1969-1987)

El acceso a la secretaría nacional del MSI de Giorgio Almirante en junio de 1969, pocos días después de la muerte de Arturo Michelini, se producía en unas condiciones que iban a permitir al MSI integrarse en las mejores condiciones de visibilidad y crecimiento en la coyuntura política italiana. La designación de Almirante se producía con el asentimiento de quienes habían sido sus adversarios en los combates internos del partido desde el ascenso de De Marsanich a la secretaría y, en especial, de quienes habían rechazado sus propuestas alternativas a la política de «inserimento» de Michelini. Esta aceptación del viejo líder de la disidencia interna sólo se explica porque se detectaba la necesidad de obtener dos objetivos. El primero, conseguir mantener la unidad en las horas más bajas del movimiento desde su fundación. Además, promover una política de renovación política e ideológica, que solamente evitaría los conflictos internos graves si era encabezada por quien se había opuesto con mayor energía a la pérdida de la identidad fascista del MSI. Almirante se había resignado ya a la unidad en el VIII congreso de Pescara en la asunción de una estrategia destinada a obtener influencia sobre el curso político italiano instalando al MSI en una actitud de intransigencia ante los Gobiernos de centro-izquierda. El pragmatismo del antiguo funcionario de la República de Saló le llevaba a aceptar la necesidad de un reequilibrio entre el respeto a una tradición ideológica y la necesidad de darle una nueva dimensión, aprovechando los profundos problemas de la coalición entre la DC y la izquierda socialista, así como la preocupación difundida ante las

38. FERRARESI, F.: *Minacce alla democrazia. La Destra radicale e la strategia della tensione in Italia nel dopoguerra*. Milán: Feltrinelli, 1995, pp. 107-163.

primeras movilizaciones obreras y estudiantiles de 1968. La llegada de Almirante no suponía un giro a la izquierda o al radicalismo cuya raíz se encontraba en la reivindicación de Saló. La propuesta política de quien había sido el primer secretario nacional consistía en algo más complejo, cuyo éxito residió en la capacidad de borrar las tensiones internas y la ambigüedad de su estrategia en el marco de las convulsiones sufridas por el país y la forma en que la opinión de la derecha podía experimentarlas. El objetivo de la dirección almirantiana era aprovechar tales condiciones para resolver las fracturas internas del movimiento, para introducir factores decisivos de renovación y, sobre todo, para replantear el lugar del neofascismo en el campo político de la derecha.

Ya en enero de 1970, Almirante publicaba un artículo-manifiesto en *Il secolo d'Italia*, planteando una nueva versión de la identidad misina. La siguiente década debía dejar atrás las etapas de aglutinamiento de los excluidos, del esfuerzo de diálogo y de resistencia moral ante la DC del centro-izquierda, para pasar a una etapa de alternativa política. Esta debía basarse en un elemento ideológico crucial: superar el elemento de discriminación en que se había basado la legitimidad republicana, la dialéctica fascismo/antifascismo que había reducido al MSI a un espacio carente de capacidad de comunicación con el abanico constitucional. Correspondía establecer la línea de división en otro punto, que se refiriera a la preservación de la civilización frente al comunismo, ya que la experiencia del centro-izquierda había mostrado que el PCI era capaz de sobreponerse a las condiciones de su propia crisis de identidad y al pretexto del aislamiento con el que se había construido la entrada en el Gobierno del PSI. Por el contrario, la socialdemocracia había entrado en una crisis que había llevado a una primera fusión en el PSU y a una rápida escisión en 1969, que acompañó el fracaso del impulso reformista iniciado a comienzos de los años sesenta³⁹. Almirante proponía la reapertura del debate sobre la creación de un amplio espacio de la derecha que modificara la representación social de la clase media italiana, sin que se rompieran los lazos con aquellos núcleos radicales del neofascismo que ofrecían una perspectiva «rebelde» alternativa, que podía presentarse con la célebre defensa de una «piazza di destra» que se enfrentaría con las movilizaciones de la izquierda. Ello implicaba hacer del MSI el motor de un espacio de encuentro del conjunto de la derecha, sin excluir a los grupos más radicales ni siquiera en los llamamientos públicos del partido a una resistencia física contra la subversión. Sin embargo, el objetivo fundamental era la obtención de un apoyo generalizado de la opinión que se encontrara a la derecha de la DC. En el IX congreso, celebrado en noviembre de 1970, podía presentarse un nuevo impulso de regeneración de la vida política italiana que solamente podía hacer un partido excluido de la lógica

39. Una reflexión sobre este artículo y un excelente análisis de la estrategia almirantiana en 1970 puede encontrarse en IGNAZI, P.: *Il polo...*, *op. cit.*, pp. 138 y ss. Un análisis de la estrategia de Almirante por quien fuera uno de sus principales colaboradores, en SERVELLO, F.: *60 anni...*, *op. cit.*, pp. 90 y ss. Acerca de la crisis interna del socialismo italiano, TRANFAGLIA, N.: «La modernità squilibrata. Dalla crisi del centrismo al “compromesso storico”». En: *Storia dell'Italia repubblicana*. Turín: Einaudi, 1995, vol. II, pp. 75-91; NENNI, P.: *Intervista...*, *op. cit.*, pp. 113-124.

constitucional, en la que primaban los orígenes antifascistas de la república⁴⁰. De este modo, el discurso de Almirante podía presentarse como una «alternativa al sistema» sin plantear una estrategia testimonial y nostálgica o, mucho menos, de propuestas políticas que pudieran considerarse radicales, aunque ello no suponía que considerara posible prescindir de quienes se encontraban en tales actitudes para flanquear su proyecto. Esta actitud podía explicar el conformismo de los seguidores de Pino Rauti reingresados en el partido a fines de 1969, y el silencio de las tendencias más radicales que habían apoyado a Almirante precisamente por su oposición a la estrategia de Micheli. Su mensaje iba dirigido a presentar la oferta de un Frente Articulado Anticomunista, propuesto por un partido condenado al ostracismo por la traición de la DC a su propio electorado católico y conservador, pero que en modo alguno deseaba mantener una mera vigencia nostálgica, un carácter testimonial y conmemorativo. Por el contrario, el MSI podía denunciar la corrupción del régimen, entregado a una escandalosa connivencia con la izquierda que desembocaría tarde o temprano en un acuerdo con los comunistas. Podía hacerlo, además, sosteniéndose sobre el doble discurso de la defensa de la movilización legítima de la burguesía contra la oleada de movilizaciones obreras y del desorden estudiantil, mientras no dejaba de denunciar que las causas de las mismas se encontraban en la falta de sensibilidad social de la derecha liberal. La vieja política del «inserimento» había de presentarse con una ambición mayor, que no se refiriera ya al carácter subalterno del partido, sino a la capacidad de convertir su exclusión en una ventaja, que le permitía ejercer un ambivalente discurso antisistémico y populista, de orden y de protesta al mismo tiempo. En una fase inicial, las contradicciones evidentes de esta situación habrían de quedar canceladas por la profunda crisis política y social que vivía el país. Además, naturalmente, de la posición hegemónica que podía adquirir el MSI en la zona de la extrema derecha, una vez había quedado reducida a cenizas la presencia de los monárquicos incluso en sus plazas fuertes del sur.

Los objetivos del partido neofascista no se planteaban tan sólo en un cambio de discurso, sino en una intensa actividad que incluyó modificaciones internas, disciplina de la organización, participación directa en conflictos sociales de naturaleza distinta —las movilizaciones de la «mayoría silenciosa» en el norte o las protestas de Reggio Calabria en el sur—. El impulso organizativo interno se sumaba al despliegue de una nueva representación social, articulada mediante el compromiso de sectores de la derecha no vinculados al MSI. El diálogo había de vertebrar un territorio de interlocución que diera la batalla por la hegemonía cultural de la derecha, dignificando su discurso y sacándolo de un escenario puramente conservador o identificado con la gestión de las coaliciones democristianas. Volver a definir la derecha en Italia suponía mucho más que un acuerdo político de elite, para alterar los mecanismos de representación orgánica de una

40. Incluso una persona situada en el ala más moderada de la socialdemocracia, como Saragat, se dirigía a los diputados y senadores que acababan de elegirlo presidente de la República en diciembre de 1964, refiriéndose a los orígenes del régimen, que debían encontrarse en la Resistencia. (SARAGAT, G.: *Quarant'anni...*, *op. cit.*, p. 645).

sociedad que se alejaba de las condiciones de la inmediata posguerra y que estaba sufriendo una primera crisis de modernización⁴¹. Tal horizonte implicaba el control directo de los «espacios de incertidumbre» interna —especialmente del área juvenil— y el desarrollo de una nueva cultura de eficiencia burocrática al servicio de la secretaría nacional⁴². Suponía, además, una polivalencia cuidadosamente edificada gracias a ese previo control sobre los militantes, que evitara los riesgos de conflicto derivados de la ambigüedad del discurso y de las intervenciones públicas del partido. En una etapa de expansión política que coincidía con el agotamiento del modelo de gobierno creado a comienzos de los sesenta, ni siquiera los sectores liderados por Rauti opusieron objeciones a una estrategia que sólo podía interpretarse de un modo: la voluntad de hacer del MSI un punto de referencia indispensable en el obligado viraje que debía asumir el partido mayoritario empujado por la movilización en la calle de su propio electorado y el de sectores importantes de sus aliados liberales o socialdemócratas. Para ellos, el MSI ofrecía el carácter bifronte de ser partido de la restauración del orden y una organización dispuesta a combatir con sus propias armas a la subversión. La participación misma en las acciones de la «mayoría silenciosa» de Milán podía darse por descontada⁴³, aunque la desfachatez instrumentalizadora del movimiento limitó el éxito de la infiltración. Lo que resultó más sorprendente fue la capacidad misma de encabezar la protesta del sur, especialmente en el conflicto de Reggio Calabria iniciado en el verano de 1970 por la cuestión de la capitalidad regional. En feliz expresión de un militante del partido, esta fase experimentó los mejores frutos de la tensión entre la «alternativa e il doppiopetto» que deseaba expresar el MSI⁴⁴.

En el periodo comprendido entre el IX y el X congreso (1970-1973), el MSI alcanzó éxitos inimaginables sólo unos meses antes de la sucesión almirantiana. Estos triunfos tuvieron un aspecto social indudable, ejemplificado en la aceptación de la propuesta de la Derecha Nacional por el Partido de Unidad Monárquica (PDIUM), la incorporación de personalidades provenientes de la derecha al área del partido y la credibilidad obtenida por su desaforado activismo cultural, en una ofensiva destinada a hacer del MSI menos un reducto del neofascismo clásico que el eslabón fundamental de una cadena que había de unir a los diversos sectores de la derecha, en un cambio que respondía a los intentos de subversión y de transformación radical que se había normalizado en el discurso político europeo de la izquierda de aquellos años. El fascismo no era ya una propuesta que se limitaba a reivindicar una experiencia del pasado, vencida por el material

41. Sobre las transformaciones de la sociedad italiana en los sesenta y los problemas de legitimidad y representación del sistema político, véase GINSBORG, P.: *A History of Contemporary Italy. Society and Politics 1943-1988*. Londres: Penguin, 1990, pp. 298-347; LANARO, S.: *Storia dell'Italia repubblicana. L'economia, la politica, la cultura, la società dal dopoguerra agli anni '90*. Venecia: Marsilio, 1992, segunda parte, «La grande trasformazione», pp. 237-386; DI MICHELE, A.: *Storia dell'Italia repubblicana (1948-2008)*. Milán: Garzanti, 2008, pp. 171-266.

42. TARCHI, M.: *Dal Msi...*, *op. cit.*, pp. 41-55.

43. BLONDET, M. y BUONOCORE, L.: *La Maggioranza Silenziosa*. Milán: Area, 1987.

44. ROSSI, G. S.: *Alternativa e doppiopetto. Il Msi dalla contestazione alla destra nazionale (1968-1973)*. Roma: isc, 1992, pp. 119-159.

genético republicano, sino una revisión del sistema, acabando con los elementos fundamentales del régimen que habían dejado de tener sentido en el inicio de un cambio de ciclo social y político que podría observarse de forma muy clara en los inicios de la década de los setenta. Italia y Europa avanzaban hacia una transición cuyo final habría de ser la quiebra de modelos instaurados y justificados por las condiciones de la posguerra, y el movimiento del 68 podía presentarse, prolongado en la década siguiente, como la impugnación, desde posiciones antagónicas, del consenso fundacional de la democracia elaborado en la segunda posguerra mundial⁴⁵. Estos factores, sumados a la neutralización política de los partidos de clase media, la crisis interna de la DC y la agonía del centro-izquierda, llevaron a que los proyectos sucesivos del Frente Articulado Anticomunista, la Derecha Nacional y la Constituyente de la Derecha fueran apareciendo como figuras visibles de un mismo proyecto, que superaba la simple función condicionante del MSI para plantearse la refundación de la derecha popular y social en Italia. Esta perspectiva fue la que permitió que los sectores radicales del partido aceptaran que la estrategia apareciera orientada hacia las formaciones políticas de la derecha o buscando el apoyo de quienes habían dado su voto a tales organizaciones, a la espera de que esta situación de refuerzo permitiría abordar un proceso constituyente en el que el neofascismo habría de dotar de un perfil propio, ajeno a los limitados temores de la burguesía. La apertura del proyecto ideológico y político habría de ser congruente con una demanda social expresada de forma inmediata en los resultados electorales de 1971-1972. En las votaciones municipales de julio de 1971, el MSI alcanzó una media del 14%, con puntas en Catania —21%— y resultados espectaculares en la misma Roma —16%—. Tras el fracaso de la izquierda moderada en la reelección de Saragat como presidente de la República, Giovanni Leone fue investido, en diciembre de 1971, con el único apoyo de la DC y del MSI. La influencia institucional de los misinos pareció asegurarse cuando, tras la formación de MSI-Derecha Nacional, que incluía a los monárquicos y a personalidades independientes en las listas del partido, el Movimiento Social duplicaba el porcentaje de 1968, para pasar a casi tres millones de sufragios, que le proporcionaron 55 diputados y 26 senadores⁴⁶.

En enero de 1973, el X congreso unificaba de nuevo a todas las corrientes del partido —incluyendo a los cuadros monárquicos incorporados poco después de las elecciones de la primavera de 1972—. El liderazgo de Almirante correspondía a un hábil estratega, un pragmático dirigente de partido, sin perder su perfil de lealtad a una herencia política que había sabido preservar y que él mismo encarnaba por su trayectoria personal. Su intervención en el congreso daba pasos firmes en la línea de renovación que desplazaba las obsesiones nostálgicas de

45. La difusión de publicaciones de carácter neoconservador, la nueva definición de la derecha y la incorporación de personalidades al área del MSI, en IGNAZI, P.: *Il polo...*, *op. cit.*, pp. 148-158. El desarrollo de las posiciones más radicales, de alternativa al sistema, en TARCHI, M.: *Cinquanta...*, *op. cit.*, pp. 91-130.

46. Una de las mejores caracterizaciones de la estrategia de la DN se encuentra en REVELLI, M.: *La Destra Nazionale*. Milán: Il Saggiatore, 1996, pp. 37-50.

otros tiempos para plantearse una identidad que era alternativa al régimen actualizada, proponiendo a las fuerzas que consideraba afines que restablecieran la relación orgánica con su base social, perdida en la experiencia de los años sesenta a favor de la izquierda⁴⁷. El entusiasmo ambiental podía esquivar el aspecto más importante. Los resultados electorales, lejos de abrir las perspectivas de crecimiento, habían estimulado el cortafuegos del gobierno Andreotti-Malagodi, en el que la alianza entre la derecha democristiana, el Partido Liberal y el PSDI —con el apoyo externo republicano— se presentaba como la supervivencia de tales formaciones ante la aparición de un evidente riesgo de contaminación y erosión. El MSI respondió con la negativa a votar la confianza al Gobierno, pero resultaba inquietante que algunos sectores, en especial los que provenían del PDUM, hubieran presionado para continuar en una línea de colaboración, a pesar de la hostilidad manifiesta del gobierno Andreotti-Malagodi, que volvía a dejar fuera del ámbito gubernamental a la propuesta que había obtenido una mayor expansión. Almirante no estaba dispuesto a poner en riesgo su liderazgo mediante concesiones que pudieran despertar los ánimos de los sectores más radicales del MSI, y tampoco podía permitir que su propuesta de Derecha Nacional se interpretara como disolución completa de la herencia misina en una nueva estructura política que abdicara totalmente de la identidad nostálgica, algo que aún no podía asumirse por la inmensa mayoría de la militancia, en especial cuando no existía ningún atisbo de respuesta favorable en las filas de la DC o del PLI.

El MSI se había beneficiado de la crisis, pero no había podido traducir su impulso cultural y la ampliación de su base electoral a un acuerdo con el Gobierno que lo legitimara y procediera al establecimiento de un nuevo carácter de la representación política de la derecha italiana. Sin poder cumplir este objetivo, la estrategia de Almirante pasaba a estancarse de nuevo, aunque en un área mayor, poniendo las condiciones para que pudieran explicitarse las formas diversas de entender el proceso de modernización que se había propuesto en el IX congreso. La crisis procedió de las mismas condiciones ambientales que habían propiciado el crecimiento misino, al poner en duda que la Derecha Nacional pudiera acoger de forma simultánea a los activistas del neofascismo y a los defensores de una nueva síntesis entre las tendencias conservadoras del MSI y la derecha más crítica con la DC. Tal unidad no era un elemento contingente del proyecto almirantiano, sino esencial para la supervivencia tanto del partido como de la entera estrategia del proceso constituyente de la Derecha. El MSI había ofrecido una generosa representación institucional a los sectores más conservadores, mientras confiaba en la lealtad de los radicales, que entendían que la modernización debía hacerse en varias direcciones y no sólo en la búsqueda de apoyo de los sectores reaccionarios, aun cuando se estuviera dispuesto a sufrir una primera etapa de

47. Los puntos de la moción aprobada en el X congreso, en Rossi, G. S.: *Alternativa...*, *op. cit.*, pp. 242-243. Los puntos planteaban el reforzamiento de la línea de Derecha Nacional, la impugnación del recién creado gobierno DC-PLI, la continuidad de la lucha en defensa del sur, defensa de las clases medias del centro-norte frente al social-comunismo, impulso a la participación femenina y juvenil en la política, y horizonte de un régimen corporativo destinado a superar los conflictos de clase.

absorción, siempre y cuando los resultados políticos fueran claros, y siempre que la disciplina del sector más moderado apareciera tan lealmente expuesta como la que ofrecían los viejos cuadros de la izquierda misina. No podía ocurrir así, sin embargo, dada la cultura política en la que estos sectores de la derecha se habían formado, y la manera en que entendían una inserción de la Derecha Nacional en la política italiana que podía sacrificar las actitudes antisistémicas a favor de un acuerdo con la derecha del arco constitucional. En estas condiciones, el desarrollo de la violencia urbana, con la implicación de la extrema derecha en la larga cadena de atentados que se iniciaron en diciembre de 1969 y que alcanzaron su paroxismo entre las elecciones de 1972 y 1976, hicieron que el MSI apareciera menos como defensor del orden en la calle que como una parte de la subversión, paralela a la que se ejercía desde los grupos de la extrema izquierda. La reticencia de Almirante a una condena clara de estas actividades procedía de su temor a perder el monopolio del área neofascista, pero planteaba la imposibilidad de incluir en el mismo proyecto la estrategia de aproximación a los sectores moderados y la lealtad a los grupos de intervención armada, que gozaban de simpatías o comprensión profundas en la militancia de base del partido.

El conflicto se abrió con el desacuerdo acerca de quiénes debían ser los aliados en caso de tener que elegir entre el campo radical y una estrategia que hiciera desembocar la propuesta de Derecha Nacional en una cancelación de la tradición misina, superada por una nueva organización con nombre distinto, capaz de llegar a un nuevo estado de disponibilidad con respecto a la DC y sus aliados laicos. La primera actitud implicaba recuperar una limitación del MSI y la reinención del neofascismo; la segunda, suponía la anticipación de la estrategia adoptada por Fini con la creación de Alianza Nacional y la disolución del MSI a mitad de los años noventa. La violencia era contemplada por la militancia misina como algo que se sufría, en especial en un acoso permanente por parte de la extrema izquierda⁴⁸. En cambio, para los sectores conservadores, se trataba de una insostenible tolerancia que destruía las posibilidades abiertas con la propuesta de la Derecha Nacional. El debate se producía, además, en unas condiciones ambientales menos propicias por la forma en que se producía el debate interno de los dos grandes partidos del sistema. La DC acabó con el gobierno Andreotti-Malagodi en 1973, cediendo a las presiones del ala izquierda del partido y, en especial, de las propuestas de Aldo Moro, dispuesto a una política que buscara el apoyo externo del PCI. Por su parte, Enrico Berlinguer consiguió diseñar una estrategia opuesta a una alternativa de izquierdas y que se sostenía sobre la bipolaridad efectiva de la sociedad italiana, distribuida entre católicos y comunistas. La aprobación del «compromiso histórico» por parte de la dirección comunista en 1974 suponía insertar a los comunistas en una zona de compromiso con el Gobierno que habría de proporcionarle un incremento de su credibilidad en las elecciones locales de 1975, cuando quedó a sólo dos puntos de los resultados obtenidos por el partido

48. BALDONI, A.: *Storia della destra...*, *op. cit.*, pp. 159-187; sobre las acciones terroristas de la extrema derecha, FERRARESI, F.: *Minacce...*, *op. cit.*, pp. 164-275; CORSINI, P. y NOVATI, L. (a cura di): *L'eversione nera. Cronache di un decennio (1974-1984)*. Milán: Franco Angeli, 1985, pp. 43-170.

católico. Tal actitud no habría de modificarse hasta la ruptura de la estrategia berlingueriana tras el asesinato de Aldo Moro en 1978 y el giro de la DC a una posición de alianza estable con el Partido Socialista renovado por Bettino Craxi⁴⁹. Las esperanzas que podían ofrecer episodios como el referéndum sobre el divorcio en 1974, en el que tan sólo la DC y el MSI coincidieron en la propuesta de rechazo de la ley de 1970, no podían ser identificadas como la aproximación del partido democristiano a la derecha genérica, sino como el intento de Fanfani de recuperar, precisamente a costa de ella, el apoyo del electorado católico, devolviendo una identidad ideológica fuerte a la DC, que no implicaba tentación alguna de alianza con la Derecha Nacional.

Lejos de poder aprovechar esta coincidencia del voto en el referéndum sobre la Ley Fortuna, el MSI-DN pasaba a encontrarse en las condiciones de una rivalidad abierta en el campo electoral con la DC, especialmente cuando se produjo el crecimiento espectacular de los comunistas en las elecciones locales de 1975. Almirante no pudo interesar más que a algunos cuadros de tercera fila del partido democristiano en una propuesta de «constituyente de la derecha» que se estrelló contra el muro del voto útil en las elecciones de 1976. La DC pudo sobrevivir y mantener su porcentaje electoral gracias a las graves pérdidas sufridas por los liberales, socialdemócratas y MSI-DN. El partido de Almirante perdió 650.000 votos y el 40% de su grupo parlamentario y, al año siguiente, su militancia se había reducido a los niveles de 1967. Mientras el Gobierno monocolor de Andreotti recibía la complaciente abstención de todas las fuerzas parlamentarias —excepto la extrema derecha y la extrema izquierda—, el MSI se enfrentaba a la constitución clara de una tendencia moderada, Democracia Nacional, en la que se integraban viejos cuadros de la derecha misina clásica, dirigida por Ernesto De Marzio. En el Parlamento, este diputado se había referido en mayo de 1975 a una identidad que debía basarse en las condiciones políticas del presente, en una operación transformadora paralela a la que estaba experimentando la estrategia del PCI⁵⁰. Democracia Nacional no quiso aguardar a la celebración de un congreso que implicaba su enfrentamiento a una base controlada por Almirante y con el apoyo al secretario nacional de los seguidores de la corriente «Línea Futura», de Pino Rauti. La escisión se produjo en vísperas del XI congreso, a fines de 1976, con una durísima repercusión en el ámbito institucional, que supuso la pérdida de la mitad de los diputados y senadores, así como de un porcentaje similar de representantes locales. Los seguidores de Almirante cerraron filas en torno a un proyecto que

49. BERLINGUER, E.: *Gobierno de unidad democrática y compromiso histórico. Discursos 1969-1976*. Madrid: Ayuso, 1977; *id.*: *La proposta comunista. Relazione al Comitato centrale e alla Commissione centrale di controllo del Partito comunista italiano in preparazione del XIV Congresso*. Turin: Einaudi, 1975, esp. pp. 98-119; *id.*: *La nostra lotta dall'opposizione verso il governo*. Roma: Riuniti, 1979 (se trata de la intervención ante el comité central del PCI el 2 de julio de 1979, que cierra la fase del compromiso histórico); GALLI, G.: *Storia del Pci*. Milán: Kaos, 1993, pp. 250-272; *id.*: *Il decennio Moro-Berlinguer*. Milán: Baldini, 2006, pp. 83 y ss.

50. Cit. en IGNAZI, P.: *Il polo...*, *op. cit.*, p. 177.

parecía haber sido dinamitado directamente desde la presidencia del Gobierno⁵¹. El fracaso posterior de Democracia Nacional en las elecciones de 1979 eliminaba el riesgo de una competencia en el mismo campo, pero devolvía al MSI-DN a las condiciones previas al impulso de comienzos de la década. En especial, porque la escisión había actuado como una cura homeopática de los factores más identitarios del neofascismo fundacional. La lucha contra la escisión sólo podía haberse hecho revisando la estrategia de la Derecha Nacional en un sentido más próximo a la conversión del MSI en un espacio visible de la oposición al sistema y de la permanencia de los valores de la Italia mussoliniana, que debían señalar los límites de la modernización.

A lo largo de los siguientes diez años, el debate interno del partido iba a producirse en torno a las diversas formas de entender la función de la tradición fascista en el último tramo del siglo xx. Alejados del movimiento aquellos sectores que deseaban plantear una ruptura, la discusión se establecía con profunda aspereza sobre las formas de la continuidad, ya que ninguna de las posiciones en presencia se sentía cómoda con el inmovilismo. Si, para los sectores próximos al secretario nacional, la modernización implicaba la constante profundización en la estrategia de la Derecha Nacional, aunque ello pudiera conducir al riesgo evidente del aislamiento político del partido —siempre a disposición de una «nueva mayoría», pero nunca llamado para formarla—, las posiciones rautianas se defendieron en el XI congreso de 1979 y, en especial, en el XII congreso de 1982 como la propuesta de convertir al MSI en una formación transversal, que asumía la cultura fascista en su condición de superadora de la división política convencional en un proyecto de integración nacional-popular. Piero Ignazi ha planteado la distinción entre el «partido de la protesta» defendido por Almirante y el «partido de la sociedad civil» presentado por Rauti, una inteligente demarcación que va más allá de una mera disposición de alianzas institucionales. Si los momentos de crecimiento permitían ocultar esta diferencia radical o esta coexistencia no siempre desfavorable, los periodos de reclusión podían permitir el debate interno más abierto y las posibilidades de mejor análisis de la inserción del fascismo en la crisis política del régimen⁵².

La crisis del partido —expresada en un retorno a una posición marginal, sin iniciativa, instalada de nuevo en congresos que asistían a los duros enfrentamientos internos— coincidía con un ambiente más favorable desde el punto de vista institucional y cultural. En el primer aspecto, la presencia de Sandro Pertini en la presidencia de la República había permitido la asunción del cargo de primeros

51. La relación directa entre los dirigentes de la escisión y Andreotti fue un lugar común en el MSI, tal y como lo seguía denunciando, años después, SERVELLO, F.: *60 anni...*, *op. cit.*, pp. 121-125.

52. PIGNAZI, P.: *Il polo...*, *op. cit.*, pp. 199-218; TARCHI, M.: *Dal Msi...*, *op. cit.*, pp. 68-93; DI MICHELE, S. y GALIANI, A.: *Mal di destra. Fascisti e postfascisti: i protagonisti di ieri e di oggi si raccontano*. Milán: Sterling&Kupfer, 1995, pp. 123-134, para un análisis de la evolución de Rauti; la posición de la mayoría almirantiana puede seguirse, en lo que afecta a esta época en el examen de la trayectoria de Fini, que el secretario nacional va preparando como sucesor desde su nombramiento como dirigente máximo de la juventud, a expensas de la voluntad de la base, favorable al rautiano Tarchi: LOCATELLI, G. y MARTINI, D.: *Duce, Addio. La biografía de Gianfranco Fini*. Milán: Longanesi, 1994, pp. 52-89.

ministros por dirigentes ajenos a la DC, un episodio inédito desde la caída del gobierno Parri en 1945. Tras la breve temporada del republicano Spadolini al frente del Ejecutivo, el socialista Craxi podía ocupar esta responsabilidad en 1983, haciendo que la DC tuviera que asumir una bilateralidad equivalente que superaba la mera apertura a la izquierda de los años sesenta. La llegada de Craxi implicaba, además, la voluntad del nuevo primer ministro de romper una regla del juego básica de la tradición republicana, reconociendo a los misinos como un interlocutor necesario a la hora de realizar las consultas para constituir un nuevo gobierno. Desde el punto de vista cultural, los debates en torno al fascismo revisaron la ortodoxia historiográfica de la resistencia y empezaron a abrir una normalización de la experiencia del *ventennio* que subrayara la legitimidad implícita de un régimen basado en el consenso de masas. Algo que, de forma paralela, se iba a producir en el célebre debate de historiadores alemanes, el *Historikerstreit*⁵³. En tales condiciones, que suponían de debilidad manifiesta de la DC, la destrucción de cualquier competencia en la derecha y la amenaza directa de un PCI que parecía recuperar las energías realizando el *sorpasso* en las elecciones europeas de 1984 —con el factor decisivo de la muerte de Berlinguer en plena campaña electoral—, las oportunidades que parecían abrirse a una nueva expansión misina sólo dieron lugar a una afirmación del espacio de la protesta contra la partitocracia, de movilización de un populismo de escaso perfil, que empezaba a coincidir con movimientos de aspecto similar en Francia o en Alemania. La constante derrota de las propuestas nacional-populares de Rauti había obturado cualquier posibilidad de presentación del MSI como un movimiento que asumía un nuevo escenario mundial, caracterizado por la quiebra del comunismo, el inicio de la globalización y el surgimiento de nuevos temas en los que Línea Futura veía la superación de los compartimentos estancos en que se había movido la cultura política de la posguerra, para poder plantear una verdadera actitud antisistémica que no pudiera identificarse con el simple recelo neofascista o con la pura manifestación negativa, sin la creación de un temario de problemas y una apertura del movimiento a las zonas de los nuevos conflictos sociales. La simple protesta podía proporcionar una recuperación de votos en 1983, pero mantenía la cultura de la marginación y de la pasividad. En 1985, el MSI alcanzó su nivel más bajo de militancia desde 1960 y, dos años después, se afirmaba una representación electoral que no conseguía traspasar la barrera del 6% de los votos. La única propuesta que pareció disponer de cierta entidad desde el punto de vista político fue la de una Nueva República, orientada en un sentido presidencialista con elementos corporativos y plebiscitarios, que podía resultar atractiva para sectores de la sociedad que contemplaban, exasperados, el bloqueo institucional del régimen. Tal propuesta, sin embargo, era poca cosa en comparación con el camino a recorrer si se deseaba modificar las condiciones de un aislamiento que sólo podrían resolverse con una crisis más grave del sistema republicano.

53. TRANFAGLIA, N.: *Un passato comodo. Fascismo e postfascismo*. Bari-Roma: Laterza, 1996, pp. 63-105; sobre el *Historikerstreit*, EVANS, R.: *In Hitler's shadow*. Londres: Tauris, 1989.

4. EPÍLOGO. LA PERSPECTIVA DE ALIANZA NACIONAL Y EL DESPLAZAMIENTO DEL MSI

Como siempre había ocurrido, las posibilidades del neofascismo italiano y la definición del lugar de la tradición política que representaba sólo podían expresarse en una mutación cada vez más honda del régimen que se había creado como alternativa al fascismo en 1946. La muerte de Michelini y el cambio de liderazgo se había producido en una crisis tan profunda como la que siguió a las movilizaciones de 1968. La desaparición de Almirante se produjo en vísperas de la quiebra de la Primera República y, además, dando la oportunidad al viejo dirigente de presentar a su delfín ante el congreso de Sorrento en 1987, cuando su grave enfermedad había limitado a unos pocos meses sus esperanzas de vida. El XV congreso asistió a la presentación de seis candidaturas y propuestas políticas, un factor que señalaba las características claramente constituyentes del evento, cerrando el periodo iniciado con el ascenso de Almirante a la secretaría y las perspectivas de su ya agotada estrategia de Derecha Nacional. La corriente de Pino Rauti, «Andare oltre» consiguió el apoyo del 28% de los delegados, siendo la más votada, pero el resto de los jefes de tendencia cerraron filas en torno a Gianfranco Fini y su propuesta continuista, «Destra in movimento»⁵⁴. Roberto Chiarini ha señalado las dos formas en que las corrientes fundamentales planteaban una actualización de la cultura fascista en Italia, subrayando que ninguna de ellas deseaba una superación histórica entendida al modo como habría de hacerse años más tarde con el desarrollo de Alianza Nacional. Fini planteaba una lealtad a la tradición fascista basada en los valores de un régimen cuya validez quedaba corroborada por la crisis del comunismo. Rauti llevaba la actualidad del fascismo a su capacidad de dar respuesta a los problemas sociales concretos, más allá de las afirmaciones genéricas de carácter «espiritual»⁵⁵. La victoria de Fini y sus esfuerzos por construir el «fascismo del duemila» no tuvieron la capacidad de hacer salir al MSI de su estancamiento y, sobre todo, no logró imponer un liderazgo que había sido el resultado de negociaciones muy duras con los representantes de la vieja guardia almirantiana. Sus esfuerzos para ganar influencia electoral presentando un perfil lepenista resultaron un fracaso que obligaron a su dimisión en enero de 1990, tras el pésimo resultado obtenido en las elecciones al Parlamento europeo.

El XVI congreso, celebrado en enero de 1990 en Rímini, dio a Pino Rauti, por vez primera, la posibilidad de poner en práctica su propuesta nacional-popular y de regreso a la tradición del «fascismo-movimiento» de 1919, en una mezcla entre tradición y modernización que defendía la capacidad extraordinaria de la cultura fascista para asumir coyunturas históricas diversas, haciendo de esta cultura un permanente esfuerzo de transversalidad antiliberal y comunitarista. Esta

54. Los resultados fueron los siguientes: «Andare oltre» (Rauti), 28%; «Destra in movimento» (Fini), 24,5%; «Impegno unitario» (Servello), 20,5%; Proposta Italia (Mennitti), 11,7%; «Destra italiana» (Romualdi), 7,7 %; «Nuove prospettive» (Tremaglia), 7,6%. La única posición en la que podía apoyarse Rauti era en la de los seguidores de Mennitti y Niccolai (TARCHI, M.: *Dal Msi...*, *op. cit.*, p. 62).

55. CHIARINI, R.: *Destra italiana...*, *op. cit.*, pp. 143 y ss.; *id.*: «L'integrazione passiva». En: *La destra...*, *op. cit.*, pp. 16-20.

actitud de Rauti, que aprovechó la desesperación de los dirigentes del partido ante la larga etapa de anulación política del MSI, no podía constituir su síntesis de respuesta a la crisis del sistema salido de la Segunda Guerra Mundial más que en las fantasías de su máximo exponente. De hecho, tras una primera gestión en la que Gianfranco Fini había mostrado una escasa capacidad de maniobra y había sostenido la inercia en la que se encontraba el partido desde la escisión de 1976, el triunfo de Rauti se había dado con una sólida resistencia política de su antecesor. Fini quiso abandonar el cargo con un discurso que impresionó por su madurez y por sus posibilidades de éxito, además de por su presentación inteligente de un nuevo equilibrio entre la identidad tradicional, la energía del cambio y el rechazo de un tipo de activismo social ajeno a la cultura del fascismo. Dejó claro un proyecto de modernización que incorporaba al discurso misino una tradición del rechazo de la lógica del poder instaurada desde la Revolución francesa y devuelta a Europa tras la derrota del fascismo. A esa tradición correspondía asumir una victoria moral ante la desaparición del comunismo y la quiebra de los valores propios del hedonismo liberal⁵⁶. La ambiciosa respuesta de Fini se dirigía a un congreso claramente orientado hacia posiciones de extrañeza ante el sistema que deseaban encontrar en Rauti un elemento vivificador. Sin embargo, tales factores difícilmente podían disponer de una expansión que se basara en un discurso anticapitalista, tercermundista, antiimperialista y crítico ante la sociedad de consumo, planteando la posibilidad de que el viejo MSI heredara las actitudes rebeldes de los antiguos sectores de la izquierda, convencidos de la propuesta de un nuevo nacionalismo popular, una propuesta de comunidad jerarquizada y la reivindicación de los principios desarrollados por los intelectuales de la *Nouvelle droite* francesa, como Alain de Benoist⁵⁷. Las propuestas de Pino Rauti, puestas por primera vez como línea oficial del partido, llevaron al peor resultado del MSI en unas elecciones locales de 1990-91, donde sólo se obtuvo el apoyo de la más fiel de las clientelas. La dimisión de Rauti y el retorno de Fini en el verano de 1991 se realizó ya habiendo madurado un liderazgo que recuperaba los valores más tradicionales del MSI, incluyendo la voluntad de llevar hasta sus últimas consecuencias una estrategia de «inserimento» que permitiera al partido recuperar la credibilidad en una sociedad que asistía a la quiebra de la República.

Las propuestas de Fini a favor de la estabilidad política, la lucha contra la partidocracia y el establecimiento de una autoridad efectiva recuperaban las tesis presidencialistas propias de un movimiento populista situado claramente en el área de la derecha. La intervención de Francesco Cossiga desde el Quirinal había de ser decisiva para legitimar las posiciones del más joven de los dirigentes

56. IGNAZI, P.: *Postfascisti? Dal Movimento sociale italiano ad Alleanza nazionale*. Bolonia: Il Mulino, 1994, pp. 76 y ss.

57. Sobre los principios de esta Nueva Derecha, DURANTON-CRABOL, A. M.: *Visages de la Nouvelle Droite. Le Grece et son histoire*. París: FNSP, 1988. Acerca de este movimiento en otros países, MERKL, P. H. y WEINBERG, L. (eds.): *The revival of Right-Wing Extremism in the Nineties*. Londres: Frank Cass, 1997. Para el caso alemán, ver la excelente reflexión de BETZ, H. G.: *Postmodern Politics in Germany. The Politics of Resentment*. Londres: Macmillan, 1991.

políticos italianos, en quien residía el atractivo de representar, al máximo nivel de responsabilidad, a una generación llegada a la política tras la crisis de 1968-1972. Las elecciones de 1992 contuvieron la hemorragia de votos experimentada en los últimos años, en una coyuntura especialmente favorable al coincidir con la inmediata destrucción de los partidos políticos en los que se había basado el sistema republicano. Las elecciones locales de 1993 permitieron dar el salto fundamental hacia un «inserimento» totalmente distinto al que habían podido soñar quienes lo habían formulado de distintas formas desde mediados de la década de los cincuenta. El MSI no era sólo aceptado como socio, sino reclamado como una instancia indispensable para construir un espacio nuevo de la derecha que fuera capaz de poner frío a la captura de las instituciones por el antiguo Partido Comunista, ahora Partido Democrático de la Izquierda (PDS). En Roma, la candidatura de Gianfranco Fini consiguió un 35,8% de votos en la primera vuelta, que pasó a ser un 46,9 quince días más tarde. El MSI había logrado agregar en torno a su candidato los votos del conjunto de la derecha italiana, algo que también se produjo en Nápoles, donde Alessandra Mussolini obtuvo un 44,4% de votos tras haber quedado en primera posición. Los candidatos misinos consiguieron la alcaldía de cuatro capitales de provincia (Latina, Chieti, Benevento y Caltanissetta). En las ciudades con más de 15.000 habitantes, el partido se convirtió en la fuerza más votada, logrando una media nacional del 14,4%⁵⁸.

Con el resultado electoral de noviembre se abrió lo que el propio Fini llamaría, antes de que acabara el año 1993, el proceso de reconducción del neofascismo hacia el postfascismo, cuya desembocadura sería la última y definitiva crisis del partido, al convertir una estrategia unitaria —Alianza Nacional— en algo totalmente distinto a las diversas propuestas de plataformas de encuentro entre distintos grupos y corrientes de opinión de la derecha. El MSI pasaría muy pronto a ser desplazado, como partido soberano, por Alianza Nacional, celebrando su último congreso en Fiuggi, en 1995, y asistiendo en él a su última escisión, la protagonizada por los seguidores de Rauti, agrupados en el MSI-Fiamma Tricolore. Por entonces, el movimiento pasaba de cinco millones de votos y de los cien diputados, formaba parte de una coalición estable con el movimiento *Forza Italia* de Berlusconi y superaba las 10.000 secciones locales y el medio millón de militantes⁵⁹.

La rápida quiebra de la Primera República había creado el ecosistema en el que la oferta política y cultural del MSI podía disponer de posibilidades que superaran la mera supervivencia de un espacio nostálgico, la identidad referida al pasado y la voluntad de lograr un espacio de apoyo subalterno a un partido

58. CARIOTI, A.: «From the Ghetto to *Palazzo Chigi*: The Ascent of the National Alliance». En: KATZ, R. e IGNAZI, P. (eds.): *Italian Politics. The Year of the Tycoon*. Boulder: Westview Press, 1996, p. 58.

59. MORINI, M.: «Movimento Sociale Italiano-Alleanza Nazionale». En: BARDI, L.; IGNAZI, P. y MASSARI, O. (eds.): *I partiti italiani*. Milán: EGEA, 2007, pp. 149-174; CAMPI, A.: *La destra di Fini*. Lungo di Cosenza: Marco, 2006; RAVAGLIOLI, F.: «Italia mia...» *Un saggio sulla destra. Con internista a Fini*. Roma: SEAM, 1995, pp. 15-86; FISICHELLA, D.: *La Destra in cammino. Alle origini di Alleanza Nazionale*. Roma: Pantheon, 2003, pp. 51-76.

hegemónico. La evolución del MSI había sido indispensable para aglutinar a un sector de la opinión y para tender un puente hacia la construcción de una derecha política nacionalista, con una agenda capaz de interesar a aquellos sectores de la población que habían quedado sin representación alguna después de los acontecimientos de 1993-1994. Si el MSI había precisado de la crisis radical del régimen para tener opciones, también se había visto obligado a presentarse como un proyecto en el que la lealtad al *ventennio* dejaba de ser un instrumento de cohesión primordial, para constituirse en una paradójica salida de reconciliación entre los italianos: para la nueva derecha en el poder, tal vez la Primera República, más que el fascismo, era el paréntesis real padecido por la sociedad italiana en el siglo xx. El examen de la trayectoria del MSI cuando su factor esencial de identidad era aquella creencia en la perennidad de los valores del fascismo nos propone una consideración sobre el destino de una derecha forjada en las cenizas del régimen mussoliniano, tratando de encontrar los mecanismos de representación social y de interlocución con el resto de las fuerzas conservadoras. Pero, además, nos permite considerar cuál era la naturaleza de un régimen que, como el del *ventennio*, ha priorizado su imagen revolucionaria sin tener en cuenta que la desfascistización de la sociedad italiana y la trayectoria sustancialmente conservadora del neofascismo nos ofrece una versión matizada de la experiencia del periodo de entreguerras. Ver en aquella época una nacionalización integradora a través del fascismo puede permitirnos observar, a través de lo que sucedió después con las bases sociales del régimen, en qué consistió la síntesis fascista y, en especial, su carácter revocable desde el punto de vista institucional. Fascismo, neofascismo y postfascismo ofrecen un lugar de meditación sobre la cultura política de la derecha en el siglo xx, y sobre la continuidad de referencias culturales que vencen los obstáculos de ideologías políticas más definidas, para desarrollarse en la permanencia de unas concepciones permanentes de ideas difusas, relacionadas con los horizontes de una clase media enfrentada a los procesos de modernización. El modelo del MSI permite superar la condición de una anécdota y el enojoso trance de una anomalía, para convertirse en una necesaria referencia que nos permita comprender mejor ese espacio de agregación conflictiva, de fascistización y desfascistización en el que se encuentran claves fundamentales para comprender la trayectoria del pasado siglo.